



EZEQUIEL PADILLA

A Ezequiel Padilla lo tenemos presente en la biblioteca de su casa en la avenida Pedro Antonio de los Santos 84, colonia San Miguel Chapultepec, cerca de la Embajada Rusa.

Como interesante coincidencia, la casa de Padilla es ahora la *Casa del Tiempo* de la Universidad Autónoma Metropolitana, en donde presentamos tres de los cuatro tomos de esta serie.

Lo entrevistábamos en su biblioteca. Vemos a don Ezequiel rodeado de ricas colecciones de libros, todos empastados y en orden perfecto en los libreros que se extienden de pared a pared, sentado en un sillón a un extremo del cuarto. En el centro de la habitación dominaba una gran mesa de billar, que era uno de sus pasatiempos favoritos.

Entre sus libros destacaban las antologías sobre el ingenio de los hombres célebres. Como hacedor de discursos buscaba siempre citas que pudiera utilizar. La capacidad oratoria de Padilla adquirió fama. Sus discursos corresponden al estilo de otra época. Mostraba su sabiduría universal al citar a los grandes oradores, poetas y filósofos, los griegos, Shakespeare, Goethe, de todo.

Era un hombre de aspecto serio, muy correcto, alto, delgado, pálido, casi demacrado, que parecía sentirse en control total de su pensamiento, su contorno y todos sus movimientos.

Comenzábamos la grabación a las cinco y terminábamos a las nueve. En las entrevistas, la voz que proyectaba don Ezequiel era suave, medida; se expresaba con una elocuencia fácil, estudiada, que daba al relato de su vida y sus actuaciones un tono de cuento o novela. A medida que escuchábamos atentamente la descripción interesante de sus hazañas, entraba la noche y seguíamos grabando en la oscuridad con sólo la luz que indicaba que la grabadora estaba funcionando.

Al seguir el trayecto de su vida desde su niñez, antes de que estallara la Revolución de 1910, hasta su participación en el desarrollo de la política de México en el siglo XX, observamos que sigue una ruta que podría llamarse típica de la evolución de varios políticos de primer plano de América Latina de esa generación que nace a fines del siglo XIX y se desenvuelve inevitablemente en los acontecimientos históricos en su respectivo país.

Esta sensación la derivamos de nuestras experiencias entrevistando a políticos de varios países en el continente, lo que destaca muchas coincidencias y situaciones de vida paralelas entre personajes de diferentes países, no

obstante las diferencias geográficas o culturales de éstos. Por ejemplo, el muchacho nace en la provincia, proviene de una familia de clase media de una burguesía mediana, en cuyo hogar muchas veces figura una madre viuda que hace grandes sacrificios para lograr la educación del hijo más prometedor, y éste, atravesando vicisitudes, sea por suerte, atributos personales, inteligencia y perseverancia, es acogido, en su ruta hacia el éxito, por personalidades de alguna influencia que lo ayudan a lograr una carrera distinguida en la política y a veces también en las finanzas.

Con la facilidad de la palabra que lo caracterizaba, Padilla responde a las preguntas de la entrevista revelando su capacidad de observación y atención al detalle y compartiendo sus emociones personales de manera muy cándida, característica que no es tan común en los relatos de la mayor parte de nuestros entrevistados.

Corta el relato de su vida antes de su derrota en la campaña de 1945 y 1946 hacia la Presidencia, en lugar de aprovechar la ocasión para explicar lo que fue una importante encrucijada en su carrera política. Tal vez no le parecía aún el momento adecuado para tratar temas controvertibles que pudieran afectar las sensibilidades de la "Familia Revolucionaria", en un momento en que él retornaba a ella como senador de Guerrero bajo el nuevo gobierno de Gustavo Díaz Ordaz. Los datos que complementan este período de su vida debimos reunirlos de otras fuentes.

Por coincidencia curiosa, en octubre de 1981, presentamos nuestra interpretación del papel de Padilla ante el ex presidente Miguel Alemán —su contrincante en la contienda por la presidencia en 1946— en nuestro discurso de agradecimiento por los honores que nos confirió el Instituto Mexicano de Cultura, presidido por Alemán. A continuación presentamos un extracto del mismo:

"Los primeros años del licenciado Padilla en la oposición fueron —como los de muchos políticos de la época— producto de la lucha de facciones, habiendo él peleado en la lucha armada al lado de Francisco Villa. Posteriormente se mantuvo decididamente dentro del gobierno, aun en el período presidencial de Lázaro Cárdenas, cuando desempeñó un importante papel en el rompimiento de Calles y Cárdenas.

"Padilla continuó dentro del gobierno como secretario de Relaciones Exteriores durante el período presidencial de Manuel Ávila Camacho. En 1945 lanza su candidatura a la Presidencia de la República, conteniendo con Miguel Alemán, quien ganó las elecciones como candidato del entonces Partido de la Revolución Mexicana. Posteriormente, el presidente Alemán le dispensó trato de amigo, respetando escrupulosamente sus libertades como ciudadano.

"Padilla no se reintegró al partido oficial sino hasta 1964, año en que fue designado senador por el estado de Guerrero".

11 de agosto de 1964

James Wilkie (JW):

Licenciado, quisiéramos comenzar la entrevista hablando de su nacimiento, su familia, memorias de su niñez.

Ezequiel Padilla (EP):

Nací en una fecha muy extraña, un domingo —el 31 de diciembre— a las doce de la noche en el año de 1889; el fin de la década. Cuando yo nací todas las campanas repicaban, no porque yo hubiera nacido sino por el fin de año. Mi padre consideró eso como un buen augurio. Nací en un pueblo que se llama Coyuca de Catalán, el cual ahora ha sido azotado por una tremenda catástrofe, a tal grado que creo que prácticamente ha desaparecido el pueblo donde nací.

JW: ¿Es en Guerrero?

EP: En el estado de Guerrero. Durante mi niñez viví en Coyuca de Catalán, que es un lugar al que llaman Tierra Caliente y que merece extraordinariamente ese nombre. Creo que es uno de los lugares más cálidos del mundo. Sin embargo, tiene un maravilloso río, que es el río Balsas: ancho, que cuando va en creciente es un espectáculo imponente mirarlo correr. Allí aprendí a nadar. Durante mi niñez me encantaba salir al campo, las montañas están cerca. A la edad de nueve años era yo muy buen cazador y montaba a caballo muy bien. A veces salía a cortar leña con mis compañeros de escuela y disfrutaba plenamente de la naturaleza.

Aun cuando yo haga un salto, quiero recordar aquí que en una ocasión que en Washington me dio una comida Nelson Rockefeller con las gentes no políticas sino de la alta vida social de Washington, en una de sus quintas cerca de Washington, cuando yo empecé a platicar de estas cosas con él, me interrumpió y me dijo: “Un momento Dr. Padilla...”; y se dirigió a los veinte comensales que estaban conmigo y les dijo: “El Dr. Padilla nos está platicando algo de su niñez, y yo quisiera que no sea yo el único que lo escuche, sino que todos lo escuchemos”. Y entonces me pidió que yo narrara algunas de

las hazañas propiamente dichas de mi infancia. Porque francamente en esa vida en contacto con la selva, con las montañas, con un gran río, montando a caballo, cazando —a veces fieras de gran significación— pues tenía mucho atractivo. En efecto, es una forma de aprender en la niñez a tomar decisiones rápidas. Creo que nada ayuda a la vida de un hombre como saber tomar decisiones. Cuando uno vive en la ciudad, está uno lleno de atribuciones, los padres a cada rato le llaman a uno la atención: “No salgas a la calle, los automóviles están pasando, iten mucho cuidado!; cierren las puertas”. Pero allá en Coyuca de Catalán, la voz de mi madre nunca me dijo nada semejante. Al contrario: me salía en mi buen caballo con una reata de lazar, con un buen machete, y me iba a la montaña; y regresaba ya a la caída de la tarde cuando no cumplía siquiera diez años de edad.

Entonces nos íbamos al río Balsas, a veces no se ve de una orilla a la otra, así de ancho es. Y en esos ríos acostumbraba yo a nadar por horas, muchas veces conocí las situaciones graves de estar a punto de ahogarme.

Recuerdo que una vez en el campo, estando yo cortando leña, oí un grito. Era de un leñador que estaba a bastante distancia, pero cuyo grito fue tan fuerte que lo pudimos oír. Corrimos a ver qué le había pasado. Entonces, con un machete descargó un golpe sobre el dedo meñique de su hijo: le había picado una víbora —un reptil venenoso— y era la manera de curarlo.

Muchas veces nos trepábamos a los árboles cuando oíamos el rugido de una fiera, de un tigre o de animales salvajes en la Sierra Madre.

En esa forma eduqué mi voluntad, y... de tal manera me acostumbré a desafiar los peligros que creo que la mejor universidad que tuve en mi vida fue mi infancia en Coyuca de Catalán.

JW: ¿Cuántos habitantes tenía Coyuca en 1890?

EP: Entonces tenía más o menos unos tres mil habitantes.

JW: Muy pequeña.

EP: Una pequeña aldea rodeada de rancherías y de otras pequeñas poblaciones de cierta importancia. Se hacían ferias en aquella época, es decir, en el idioma antiguo indígena se llamaba “tianguis”, o sea una fecha en que se reunían de todas las comarcas vecinas los vendedores de productos peculiares de la región, y se hacían fiestas: peleas de gallos, corridas de toros, del tipo que se hacían en aquella época. Y salíamos un grupo de muchachos de la escuela precisamente a esa feria que duraba dos o tres días. Andábamos solos en aquellas vastas cordilleras, y regresábamos de la misma manera.

Yo estudiaba en la escuela primaria... y un día llegó de parte del gobernador del estado, que residía en Chilpancingo, una invitación al profesor para que escogiera a un alumno que se fuera pensionado a estudiar a la capital del estado, es decir, a Chilpancingo. El profesor reunió a todos los alumnos

—éramos unos ochenta o noventa alumnos— y nos dijo: “He recibido esta invitación y esta orden del gobernador del estado; pero yo no voy a tomar solo la decisión: les doy cinco minutos para que ustedes se pongan de acuerdo sobre quién debe ser el muchacho que salga a estudiar a Chilpancingo. A los cinco minutos, por aclamación me escogieron. Me sentí muy emocionado, el maestro me felicitó, todos los muchachos estuvieron de fiesta por aquella designación.

Mi madre quedó muda cuando yo tenía seis años. Vivíamos entonces en Iguala. Nos regresamos a Coyuca de Catalán. Entonces mi madre con escasos recursos puso una pequeña tienda que le surtían todos sus parientes ricos, y de esa manera pudimos vivir esos años que pasamos en Coyuca de Catalán.

El Prefecto Político, que era la más alta autoridad de Coyuca, así como el maestro de escuela, que era el que me había designado ya para ir a Chilpancingo, se presentaron en la puerta de mi casa, bastante humilde, donde mi madre salió a recibirlos. Le causó una impresión ver a dos personalidades en la casa. “Señora”, le dijeron, “venimos a comunicarle a usted una noticia que la debe de llenar de orgullo: su hijo ha sido escogido para irse a estudiar a Chilpancingo”.

Ya mi madre había tomado nota —porque yo se lo había contado— de la sesión de esa tarde. No obstante, su impresión fue profunda. Los hizo pasar a la pequeña salita, en unas sillas muy viejas giratorias que teníamos los hizo sentar, y después de oírles los elogios y las felicitaciones, mi madre les dijo: “Yo tengo aquí una serie de parientes prominentes con quienes voy a consultar. Si ellos están de acuerdo, yo nada más grande tengo en mi pensamiento que la idea de que mi hijo llegue realmente a cultivarse. Su padre tenía mucha fe en él”.

Pasaron muchos días, se reunió el consejo de familia: tíos, ancianos. Mis generaciones en Coyuca de Catalán se remontan a 200 o 300 años. Es un pueblo muy antiguo y mis parientes no habían salido por generaciones de allí. Cuando oyeron a mi madre, aquellos hombres ancianos y mujeres de edad, por boca del patriarca de todos contestaron que les parecía una insensatez que mi madre, cuando yo tenía once años de edad, me mandara a Chilpancingo, a donde se llegaba en diez o doce días a caballo, estando yo entonces allá solo, abandonado, y sin ninguna noticia posible rápida —el telégrafo aún no existía—, con un correo irregular. “Sin embargo”, concluyó, “tú te obstinas en mandarlo; si lo haces, no cuentes con nosotros”. Mi madre entonces les dijo: “Pues bien, yo tengo fe en mi hijo, tengo fe en Dios, y quiero que él sea un hombre que se eduque y prospere. De modo que haré todos los sacrificios; pero yo lo voy a mandar a Chilpancingo.

Deseo recordar la escena que me contaban, y que todavía recuerdo, aunque sea vagamente, de cómo salí de Coyuca de Catalán: el maestro de escuela y el Prefecto Político arreglaron que yo fuera a Chilpancingo en una forma que se llama "por cordillera". Es decir, la autoridad de un lugar manda al muchacho a la autoridad más cercana recomendándole que consiga un guía y un animal que haga el transporte a la otra ciudad vecina camino al destino a que va dirigido. Así, de Coyuca de Catalán tuve que salir a un pueblo que se llama Ajuchitlán. En el embarcadero —había que embarcarse y pasar el río— se reunió toda la niñez a acompañarme en la despedida, y el maestro, el mismo Prefecto Político, mi madre, y algunos de mis parientes; y sobre todo, un gran perro que se llamaba Li, que me acompañaba a todas partes. Mi madre hacía esfuerzos por aparecer tranquila, de la misma manera que yo. Nos despedimos fingiendo serenidad, pero realmente con una profunda emoción. Me subí al barco, el perro quiso subirse conmigo y lo detuvieron hasta que el barco ya iba a la mitad del río. Entonces lo soltaron, y para asombro de todos, el perro se echó a nadar en el río... Pero, claro, el río se lo llevó, y vimos cómo iba nadando hasta perderse. Cuando llegamos al otro lado del río, mi guía y yo realmente lloramos de emoción.

Así comenzó mi gira fuera de la ciudad de Coyuca, a donde no volví sino hasta muchísimos años más tarde.

JW: Las impresiones de su niñez son muy claras y describen muy bien [lo de] aquel entonces. Usted tiene una impresión muy distinta de lo que dicen los sociólogos sobre la vida rural; dicen que esa vida es más restringida; [que] todos saben lo que van a ser y [que] no hay vida privada; y [que] en la ciudad uno tiene más capacidad para hacer decisiones y vivir su propia vida. Pero estamos encontrando, al hablar con las personas que tuvieron tanta importancia en la Revolución Mexicana, que los que vinieron del campo, los que tenían su caballo y que tenían cierta libertad son los que han hecho más; y que los letrados y los políticos no surgieron de la ciudad sino del campo.

EP: Sí. La historia de México, y yo querría decir: "la historia de muchos países americanos", se ha escrito por hombres que han venido de las provincias. El hombre de la ciudad, sobre todo por la configuración de nuestra política en México, que casi es un sector diferente del sector de las provincias, es un hombre cultivado, de buenas maneras, de buenas costumbres, que no ha tenido muchas ocasiones para vivir en medio del arroyo de la vida y de los desafíos a los grandes conflictos de la naturaleza, como los tiene el hombre que vive en la provincia. [Éste] no puede compararse al hombre encerrado en su casa. Eso yo lo veo con mis hijos: rodeados de protecciones en la ciudad, que es sobre todo un centro protegido por la policía, por las autoridades, por la misma estructura de la población. En cambio, en el

campo el hombre está abandonado a sus propias fuerzas y no es la aldea, ni la vida exclusiva de familia la que se practica, sino es una vida en contacto con todas las fuerzas —muchas de ellas desatadas— de la naturaleza: las tempestades, el rigor del clima, la presencia de animales feroces, caminos escarpados, la montaña, la noche. No hay comparación. El que crea que realmente puede tomar mayores decisiones viviendo en la ciudad que viviendo en el campo, realmente no conoce a fondo lo que es la vida del campo y de la naturaleza.

JW: Su padre murió cuando usted tenía seis años.

EP: Efectivamente, mi padre murió cuando yo tenía seis años. Él era abogado, venía de Michoacán. Pero nos dejó a muy temprana edad, y a mi madre enferma. De manera que ella tuvo que desafiar muy difíciles circunstancias para poder educarnos. En la forma que expliqué, llegué a Chilpancingo después de 29 días de viaje. En esos veintinueve días atravesé un sinnúmero de pequeñas rancherías en donde ni el español se hablaba. Había sitios en que no podían leer el oficio que recibían para conseguirme el caballo o la bestia que me debía llevar al próximo lugar. En todos esos caminos, al llegar a una población de cierta importancia, el maestro reunía a todos los alumnos de mi edad y les explicaba la jornada valiente que yo iba realizando y me señalaban como un ejemplo de un niño que quería cultivarse, y en esa forma arrostraba los peligros de un viaje tan largo. Hubo poblaciones en que me hicieron fiestas. Me acuerdo de una que está en la cumbre de la montaña, en la que el presidente municipal hizo que en la noche desfilaran alumnos, maestros y gente de la población con antorchas, mientras yo, con mis once años de edad, en un pequeño balconcito, los veía desfilar.

JW: Pero, ¿por qué tantos días de Coyuca a Chilpancingo?

EP: Porque no había ferrocarril, no había aviones, ni transportes rápidos, ni caminos carreteros: había que ir a caballo. Además, yo iba a merced de los presidentes municipales, o de los comisarios, que pudieran conseguir el animal y el guía que me llevara más adelante. Eso retardó mucho mi viaje. Fueron días inolvidables, son los mejores que recuerdo. ¡Cómo se atraviesa la Sierra Madre con espectáculos grandiosos! Me tocaron tempestades en medio del camino; gigantescos pinos que derrumbaba un rayo casi a unos cuantos metros de mí. Vimos algunas veces fieras salvajes que nos miraban desde una roca, y mi guía sólo me recomendaba silencio y serenidad mientras íbamos pasando, para librarnos del peligro.

JW: Por eso no ha tenido miedo de lanzarse a la política mexicana.

EP: Pues en la Revolución y en la política, las dos cosas han reclamado necesariamente serenidad de ánimo. Así llegué a Chilpancingo, en una fecha ya próxima a la inauguración de la escuela. Entonces Chilpancingo era una ciudad de cierta importancia, porque estaba alejada del resto del país, sin

comunicaciones. Pero era una población muy distinguida. Cuando se hizo la inauguración, estuvieron el gobernador, los altos funcionarios, los cate-dráticos, todos de levita cruzada, de sombrero alto, gentes de mucha impor-tancia. Mientras yo llegaba con mi pobre vestimenta de Coyuca de Catalán, inspirando a veces admiración, otras lástima. Pero todo eso me hizo con-quistar un sentimiento de simpatía entre todos mis compañeros. Allí pasé seis años de estudio hasta que terminé mis estudios de preparatoria.

JW: ¿Qué recuerdos tiene de sus estudios de preparatoria? ¿Qué estudió? ¿Cómo fueron sus compañeros, sus maestros?

EP: Bueno, seis años de una vida en la primera adolescencia, ¡no acabaría yo de narrarlos! Pero indiscutiblemente fueron años llenos de emociones. Con el tiempo mi mamá se unió conmigo, igual que una hermana, y para ello tuve entonces necesidad de trabajar. Mi trabajo consistió en ser profesor de la escuela primaria cuando yo tenía unos trece años de edad. Mis discípulos a veces eran de mayor edad que yo; pero eso me puso en contacto con la enseñanza, con la didáctica y con la pedagogía, y yo creo que contribuyó mucho a formar mi carácter en el sentido de escudriñar problemas y de estar en contacto con los espíritus que estaban preparándose para una ca-rrera o para un estudio. Fui muy estimado por todos mis compañeros y mis maestros, a tal grado que cuando terminé la preparatoria muchas veces se dio conmigo cita la buena fortuna, coincidió con que en ese año se suprimía la escuela de derecho en la que yo quería estudiar; pero en cambio el go-bernador creó pensiones para estudiar en la ciudad de México. Yo fui selec-cionado como uno de los estudiantes pensionados, y es así como llegué a la capital de la República en el año de 1908.

JW: Llegó entonces, afortunadamente, antes de la Revolución.

EP: Exacto. Llegué antes de la Revolución. Sin embargo, desde que yo tenía diecinueve años empecé a escribir en periódicos libres que atacaban a la dictadura de Porfirio Díaz. Y una vez cometí el error de ética, de escribir un artículo en contra del gobernador del estado de Guerrero, que como en aquella época, pues se podía escribir mucho en contra de ellos. Y este acto, que fue conocido por el gobernador, hizo que me quitaran la pensión. Yo no lo sentí por eso, sino porque en el fondo de mi conciencia comprendí que aquel gobernador que me había mandado pensionado a México era el único a quien yo no debía haber atacado en mis escritos. Pero en fin: quedé solo; es decir, sin elementos del estado. Pero entonces trabajé en un despacho de un abogado muy prominente. Al año siguiente, 1910, comenzó la Revolución.

JW: Al llegar a la ciudad, ¿qué ocurría en la capital?

EP: Bueno, cuando llegué a Iguala a tomar el ferrocarril para México, vi un grupo de hombres que rodeaban a un individuo (que sin duda era el líder)

porque todos lo estaban rodeando y agasajando y corrían a oír lo que estaba diciendo. Entretanto, un hombre se me acercó, y viendo las dos maletas que yo tenía me dijo: ¿"Usted lleva esas dos maletas a México?" "Sí señor", le respondí, y [me dijo]: "Pues le voy a dar un consejo: Busque a alguien que no lleve nada que se la ponga en el tren y ahorre usted ese dinero. Lo digo porque veo que es usted un estudiante pobre". Entonces tomé nota y anduve buscando a quién dirigirme y vi a un hombre sentado en un estribo del carro del ferrocarril. Me le acerqué y con mucho tacto y mucha corrección le dije: "Dispénseme, ¿usted va a México?" "Sí, yo voy a México". "Pues creo que usted me puede hacer un gran favor". "¿Cuál? me dijo". "Mire usted, traigo dos maletas y no puedo pasar libre de pago más que una. ¿No quiere usted tomar la otra y llevarla hasta el carro y allí me la deja usted?" Me miró con cierta severidad y me dijo: "No puedo". "Por qué", le dije. "Porque yo soy el conductor del ferrocarril".

El conductor hizo la anécdota, se corrió allí y de pronto oí una carcajada en el grupo en que estaban aquellos hombres, y uno de ellos me hizo señas que me acercara. El que estaba allí era un gran tribuno de México que se llamó don Diódoro Batalla. Entonces él hizo que abrieran paso, me acerqué y me dijo: "Conque tú quieres ir a México o ¿vas a México?" "Sí, señor". "¿Y traes una maleta de más?" "Sí, señor". "Bueno, dice, yo no soy el conductor; llévala, yo te la voy a llevar". Y entonces no sólo se conformó con eso, como yo llevaba boleto de tercera me llevó a su asiento de primera y me hizo acompañarlo. En el camino hablamos mucho. Un hombre muy agradable y muy elocuente. Y mi gran sorpresa fue que al llegar a México, donde él vivía, me dijo: "Toma tus maletas y bájate conmigo: vas a vivir a mi casa". Es así como llegué en México a la casa de un gran político. Entonces era diputado él y un hombre muy conocido como tribuno y como hombre de acción en la política.

Así es como llegué a México, y a los pocos días estaba yo trabajando en el despacho de don Diódoro Batalla, donde trabajaban al mismo tiempo dos hombres eminentes: don Rafael Subarán, que ocupó altos cargos en México y era un jurisconsulto distinguido, un recitador maravilloso; y don Jesús Urueta, que tiene la fama de ser el orador más ático de México. En ese trío es donde empecé a practicar como estudiante de derecho en la ciudad de México. Realmente yo era un hombre afortunado hasta ese momento.

JW: Yo iba a decir, ¿fue el destino, fue su personalidad, o fue su fortuna? Porque, venir de Coyuca y entrar a adquirir esos conocimientos políticos y esos entendimientos de sopetón fue muy afortunado para usted.

EP: Yo sin duda era un muchacho en esa época muy mal presentado, sin buenas maneras, llegado de una provincia, educado en parte en Coyuca de

Catalán, sin elementos de dinero, mal vestido; y no puedo creer que mi personalidad a esa edad hubiera impresionado a nadie. Yo tenía dieciséis años de edad. ¿El destino? Yo creo mucho en el destino; sin embargo, es muy difícil definirlo. Mi madre me decía que eran las bendiciones y la presencia de ella cerca de mí a través de mi vida. ¡Quizás sea cierto! Es cierto; yo creo en eso. De manera que es muy difícil contestar esa pregunta. El hecho es que yo conocí la adversidad. Todo ese tiempo de que he hablado: ¡Oh! la pobreza tuvo para mí muchas pruebas y la adversidad muy duras lecciones. No ha sido sonrisa y miel mi vida desde entonces; pero a la hora en que yo necesitaba, la mano del destino la encontré. Es lo único que yo podría dar como explicación.

JW: ¿Usted fue siempre una persona que no tuvo miedo de hablar, fue agresivo?

EP: Sí. Yo siempre dije la verdad. Yo tenía un alto concepto del deber, y el orgullo de no decir mentiras. De manera que, fuera de aquellas mentiras blancas que a veces se dicen para no cometer una incorrección, odiaba yo como si fuera una humillación no confesar mi verdad, lo que yo sentía. Eso lo he practicado a través de toda mi vida política y mi vida pública.

JW: Bueno, hemos llegado casi a 1910, a la Revolución, y en la próxima entrevista quisiéramos hablar de sus memorias de esos días.

EP: ¡Cómo no! ¡Con mucho gusto!

14 de agosto de 1964

JW: Habíamos llegado casi a 1910. Hemos hablado de su niñez en Guerrero, su traslado a la ciudad, y quisiéramos oír qué pasó cuando vino la Revolución.

EP: Yo fui un estudiante que enfrentó condiciones muy adversas a mi llegada a la ciudad de México, porque en la Escuela Nacional de Jurisprudencia había un grupo de hombres —de muchachos estudiantes— verdaderamente notables: muchos de ellos alcanzaron la celebridad. Fui compañero de Alfonso Reyes, de Manuel J. Sierra, del señor don Hilario Medina, de don Emilio Portes Gil, de Romero Ortega; de una pléyade de jóvenes que con el tiempo alcanzaron altos y prominentes puestos públicos. Por otra parte, y a riesgo de repetirme, porque no recuerdo lo que ya dicté, mi preparación en la provincia era verdaderamente deficiente. Cuando me di cuenta de toda la cultura que la Preparatoria daba en esta ciudad de México, y de la gran diferencia que había entre mis compañeros y yo, me llenaba de tal preocupación y pesar, que muchas veces me sentía arredrado, y aun pensaba si no sería mejor que yo tomara otro rumbo de mi vida. Afortunadamente me dediqué a estudiar, a leer, a trabajar, y fui dominando las situaciones. En

poco tiempo comprendí que un hombre que se dedica a estudiar y que tiene el empeño de hacerlo, avanza en una forma extraordinaria. Lo que se estudia en la escuela está medido y pausado: aprende uno a cuentagotas de acuerdo con lo que el profesor quiere; pero cuando uno está a solas y es autodidacta y se dedica a cultivarse a sí mismo, entonces es asombroso cómo uno vence el tiempo; y en poco tiempo se adquiere una cultura que no se sospechaba que podía adquirirse. Últimamente he estado leyendo que se está queriendo hacer una revolución en la enseñanza superior, porque se considera que los jóvenes pierden mucho tiempo cuando se les pone una misma línea con treinta o cuarenta jóvenes —muchos de ellos en niveles más bajos de inteligencia— y que el maestro tiene que ir esperando a que todos asciendan en la misma proporción. Entonces pasan las horas, los días, los meses, y entonces el ascenso está proporcionado: no al más inteligente, sino al mediano, al bajo nivel del estudiante. De modo que en pocos años avancé muchísimo. Pero, como lo que aquí está interesándonos es mi conexión con la vida política, creo que ya narré la visita que hizo don Porfirio Díaz a la Escuela de Jurisprudencia cuando yo era estudiante.

Todavía repetiré que esa impresión de aquel viejo dictador que tenía algo de faraónico, de solemne, como si hubiera estado hecho especialmente para ejercitar el poder y mandar, y todos los demás a obedecer: esa impresión, no la he borrado. Y en cierta manera [eso] explica por qué don Porfirio Díaz pudo dominar a una nación entera por treinta años, cuando había tantas jóvenes inteligencias paralizadas. Y es que él se imponía con un poco de rito religioso-político, en el que su voz era escuchada como si hubiera sido la de un oráculo. Pero el mundo estaba girando muy a prisa, y en la República se había alzado una voz, débil y pequeña que nadie creía que podría alguna vez alcanzar la fuerza de dominar el ámbito de la nación con sus prédicas: fue el señor don Francisco Madero. No he hablado de eso todavía.

Empezaron a llegar a la Escuela las versiones de don Francisco Madero. Primero, como un motivo de hasta “hazme reír”; lo comparaban con un candidato eterno que había en México que se apellidaba Zúñiga y Miranda, y quizás lo ponían abajo de él, porque Madero era de muy pequeña estatura. Zúñiga y Miranda era un hombre alto, vestido siempre de levita, con sorbete, y que en cierto modo tenía cierta prestancia aunque nunca se le tomó en serio como candidato. “¿Don Francisco Madero?”, decían los estudiantes, ¿pero de dónde ha surgido ese señor?

En fin: empezó a saberse que era un hacendado, un hombre rico, descendiente de poderosos hombres del norte, de pequeña estatura, de voz casi débil, y es más: se le atribuían una serie de cosas para tratar de desprestigiarlo. Había vivido en Europa por muchos años, hablaba muy bien el francés, y

decían que casi se le había ya olvidado el español. Con el trato que tuvo con los hombres, y después cuando ya se ha estudiado su vida, se ha descubierto su sentido profundamente humano, generoso con los obreros y trabajadores de su hacienda. Empezó a tratarlos con todo género de correcciones, de justicia social, que empezó a producir hasta cierta alarma en sus mismos parientes. Don Francisco Madero tenía el alma de un apóstol en verdad: era un hombre bueno, un hombre dispuesto al sacrificio. Seguramente él no creía que hubiera quien le hiciera mal. Él naturalmente se atenía a la naturaleza humana y generalizaba sus sentimientos a todos los demás. Y don Francisco Madero, en los puestos que ocupó en su provincia, siempre se distinguió por ejercitar, en una forma casi limpia, los procesos democráticos, por ser muy generoso, un hombre humilde y sencillo. En una ocasión se le ocurrió fundar un partido, el Partido Antirreeleccionista. Ese fue el partido que dio origen a su personalidad: fundó el Partido Antirreeleccionista y con ese motivo empezó ya su nombre a entrar de lleno en la política.

Como yo les he dicho, trabajé en el despacho de don Diódoro Batalla, el tribuno del pueblo; de don Jesús Urueta, al que se le califica como el orador ático más grande que ha tenido México; con el señor licenciado Subarán, un hombre que fue ministro y un hombre prominente también. Un día que entré al despacho el licenciado Batalla me extendió un libro y me dijo: "Mira muchacho: lee este libro; algo vas a aprender en él. El libro que me extendió el licenciado Batalla se llamaba *La sucesión presidencial de 1910*. Me lo llevé a la casa y lo leí en una sola noche. Me fascinó el libro. Sentí en el acto que aquel hombre tenía el valor de desafiar a uno de los hombres más fuertes del siglo: a don Porfirio Díaz. Me acordé de la leyenda de David y Goliat y pensé que ese hombre podría tener éxito.

Cuando llegué a la Escuela al día siguiente lo comenté con mis amigos. ¡Cuánto escepticismo! Ninguno creía que era posible conmover a un país que estaba bajo la férrea dictadura de don Porfirio Díaz. Pero desde entonces empezamos a hablar cada día más de la vida de don Francisco Madero. Pero cuando ya fue un movimiento verdaderamente imponente, es cuando Madero empezó a visitar la República. El presidente Díaz trató de amedrentarlo poniéndolo preso en San Luis Potosí. Un hombre valiente, don Adrián Aguirre Benavides, pidió amparo y lo protegió, y pudo hacer que se escapara de la cárcel. En esta forma pudo don Francisco Madero participar en la contienda electoral.

Entre tanto yo era un estudiante, presidente del Casino Nacional de Estudiantes. Aquel muchacho tímido que había llegado hacía apenas dos años, que tenía un complejo de inferioridad frente a sus compañeros educados en

México, había logrado ser el presidente de todos los estudiantes de la ciudad de México.

Pronto me eligieron para que yo representara a los estudiantes en una convención en la que se eligió la fórmula de Francisco Madero y Pino Suárez. Estuve en esa convención y allí comenzó entonces realmente mi vida política. Como era yo Presidente del Casino de Estudiantes, tenía muchas responsabilidades delante de mí y no podía quedar como un hombre indefinido.

LA ESCUELA LIBRE DE DERECHO

Entre paréntesis, unos meses antes que se hiciera esa convención yo había participado en un movimiento estudiantil por el que se fundó la Escuela Libre de Derecho. El director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia era don Luis Cabrera: un hombre brillante, un gran abogado —no muy buen orador—, un gran pensador. Oírlo hacía que le doliera a uno la cabeza al poco rato, porque concentraba de tal manera su pensamiento que tenía uno que hacer grandes esfuerzos para asimilar todo lo que decía.

Era un hombre muy inteligente, daba la clase de Derecho civil y era el director de la Escuela. Entonces, en alguna ocasión dictó unas medidas que los estudiantes consideraron atrabiliarias y aun humillantes para la juventud. Entre otras cosas prohibió la salida de la biblioteca sin que antes los estudiantes demostraran que no llevaban algún libro con ellos. Esa era realmente una acusación grave. Es cierto que se habían perdido muchos libros, pero la medida era demasiado drástica y humillante para el estudiantado. Noté el movimiento, que coincidía además con otras medidas, y entonces proclamamos el Movimiento de Huelga Estudiantil, que se generalizó entre todos los estudiantes. Tuvimos la simpatía de algunas escuelas y la huelga se declaró. Se cerró la Escuela. Don Luis Cabrera era un hombre poderoso en política. En poco tiempo obtuvo la autorización del gobierno y nos expulsó de la Escuela Nacional. Entonces propuse la creación de la Escuela Libre de Derecho, que todavía existe, que ha dado hombres ilustres, y esa escuela se sostuvo con el honor de los maestros y de los alumnos. Los maestros más eminentes, democráticamente electos por nosotros, tomaron posesión de las cátedras de aquella escuela. En menos de quince días quedaron instaladas todas las cátedras: tuvimos el dinero necesario para alquilar un buen edificio, y organizamos de tal manera aquella situación que nuestra Escuela Libre de Derecho desde entonces adquirió un prestigio que para dar abogados verdaderos (es decir, jurisconsultos) ha sido considerada como la más importante de la República. Con ese motivo mi nombre alcanzó una consagración más de

popularidad, porque yo había desafiado el destino: mis discursos habían sido efectivos; habían movido el alma de los estudiantes. No sólo habían sido discursos oídos con admiración y con atención, sino que movieron a la realidad; es decir, a todos los estudiantes. Se movilizaron con la palabra y se salieron de la Escuela; y desafiaron, como todos nosotros, el destino. Simplemente porque habíamos encontrado una causa: ¡La Libertad de Cátedra! JW: Eso fue en 1912.

EP: En 1912; ya era Presidente don Francisco Madero. Probablemente voy a estar saltando épocas, pero, pues estoy impreparado: ¡así de sorpresa vienen a pedirme una impresión!

Siendo yo presidente del Casino de Estudiantes, fundador de la Escuela Libre de Derecho, y estudiante del último año de esta Escuela, un día ocurrió que don Francisco Madero fue declarado prisionero de Victoriano Huerta. ¡Se había desenvuelto la escena trágica! Es un episodio verdaderamente triste, trágico que pude comprobar, y muchas veces ser testigo de algunas de las escenas más sangrientas de aquella jornada dolorosa y miserable.

Pero los estudiantes —como la ciudad estaba bombardeada— no tenían manera de reunirse: el casino estaba desierto y sucedió entonces que todos aquellos jóvenes quedaron al margen de ese movimiento de la “Ciudadela”, es decir, no tuvieron algún papel que desempeñar. En esos días preferí salir a Tula, Hidalgo. Me parece que ya había dicho que yo acostumbré desde el primer año de Derecho irme a una pequeña población que se llama Tula, muy famosa ahora porque es la capital de una civilización tolteca maravillosa, cuyos grandes ídolos están exhibidos en el museo antropológico. En ese lugar tenía mis amigos: yo iba a litigar, tenía mis clientes; llegaba el viernes en la noche, recibía a mis clientes y luego el día sábado siguiente me ponía yo a trabajar con ellos. Y ganaba yo cada semana bastante como para poder vivir decentemente como estudiante.

Estaba yo en una ocasión con uno de mis mejores amigos de Tula, que se llamaba ... (era un doctor, debo recordar su nombre dentro de unos breves momentos), y estábamos platicando de la Ciudadela porque los ataques continuaban. Ya Huerta había tomado el mando de las fuerzas federales; habían pasado muchas tropas para reforzar a los federales; todos consideraban que estaba perdida la rebelión y que los héroes falsos de la Ciudadela pronto caerían en poder del gobierno. Pero ese fue el momento de la traición de Huerta. Cuando nosotros leímos la noticia —un grupo de ciudadanos— hubo una indignación tan profunda que muchos de los que estaban allí presentes salieron a tomar las armas, y muchos de ellos fueron generales con el tiempo. Yo me quedé allí con algunos de los amigos. Tenía necesidad de regresar a la ciudad de México y grande fue nuestra indignación a los tres o cuatro

días cuando se supo que el general Huerta había mandado a asesinar a Madero y a Pino Suárez. Entonces tuvimos una reunión en Tula, Hidalgo, y a algunos de mis amigos —de los que iban a salir a levantarse en armas—, yo les prometí que pronto me les uniría en el campo en que estuvieran.

Esto es un dato muy importante porque yo ya había sido revolucionario en el estado de Guerrero; yo soy de Guerrero y allí es donde tenía mis amigos de armas. Pero en Tula me había hecho de tantos amigos y me estimaban tan bien que me comprometí y les dije que al poco tiempo me uniría con ellos.

Regresé a México y pasaron los días. Entonces, en una ocasión unos de mis compañeros, entre los que estaba el señor Prieto Lorens que aquí es muy conocido, fueron aprehendidos con otro grupo de muchachos porque se iban a salir a la Revolución. Un grupo de ellos fueron a verme como presidente del Casino de Estudiantes y a pedirme que los ayudara, que los salvara; que fuéramos a ver inclusive al ministro de Gobernación, a donde estuvimos, y él mismo nos dijo: "Esto no lo pueden arreglar más que con el presidente Huerta". Y de allí nos fuimos a Palacio a entrevistar a Huerta para que pusieran en libertad a aquellos estudiantes.

Esto lo cito porque icon qué facilidad en la vida política un hecho insignificante se convierte más tarde en una acusación, o en un motivo de grandes preocupaciones! El hecho de haber ido a ver a Huerta para pedirle la libertad de los amigos entre mis amigos, y que temíamos todos que pudieran ser fusilados, ocasionó que con el tiempo, cuando yo ya fui político, candidato a los puestos públicos, dos o tres veces me hubieran echado en cara que yo había ido a entrevistar a Victoriano Huerta. Afortunadamente todo esto pasó en la misma generación que entró al poder al mismo tiempo: todos me conocían y todos supieron quién era yo; y gracias a eso mi carrera no se interrumpió en lo más mínimo. Pero sí sufrí muchos contratiempos graves. Recuerdo que una vez yo estando en la Revolución, le dijeron al general Francisco Villa: "Ese muchacho que anda aquí con el general Martínez y que lo vienen a ver a usted, a veces estuvo en las antesalas de Victoriano Huerta. Francisco Villa era un hombre de impulsos y tuve la fortuna de que hubiera gente que en el acto identificaran la situación, y lejos de que me hubiera distanciado de Villa fui soldado de él por espacio de dos años cuando menos.

Bueno, quiero referirme que cuando ya Victoriano Huerta entró al poder; cuando él estaba en esa posición, muchos de mis maestros de la Escuela Libre —pues habíamos escogido a los más distinguidos y más eminentes— eran funcionarios que estaban aún en el gabinete de Victoriano Huerta. Y recuerdo que cuando yo fui a la entrevista de Huerta para pedirle la libertad de mis amigos, el mismo Huerta dijo: "Todos ustedes aquí en mi gobierno

tendrán altos puestos porque yo necesito a la juventud intelectual". A los pocos días mi maestro, don José María Lozano, que fue un gran tribuno de México y que era ministro de Huerta, me llamó y me dijo: "Yo deseo que usted acepte el puesto de diputado al Congreso de la Unión, porque vamos a disolver a la Cámara y hacer elecciones. El presidente Huerta está de acuerdo". Y yo le contesté: "Por ningún motivo, maestro. Yo soy su discípulo; yo soy antihuertista. Yo creo que usted es un hombre tan eminente, tan grande, que a veces pienso que ha puesto su inteligencia al servicio de una causa muy peligrosa. Pero yo no puedo aceptar ningún puesto público; ni ése, ni ningún otro". Entonces me dijo: "Váyase de México, porque después de esta negativa, y del hecho de que usted no ha aceptado ninguna cosa de colaboración con el gobierno, usted corre peligro".

La primera cosa que hice fue irme a Tula. Allí hablé con mis amigos; platicamos de la situación. Yo ya había terminado mis estudios y me faltaba recibirme y adquirir mi diploma. Entonces un joven americano, cuyo nombre ya no recuerdo, pero que trabajaba en una fábrica que se llamaba "La Tolteca", me indicó: "Mire usted, le voy a dar un consejo: usted está muy joven; váyase unos seis meses a Europa, y luego de allá véngase a la revolución". Todos mis amigos aprobaron a tal grado la idea que se suscribieron con una cantidad bastante seria; y con algunos negocios que yo tenía allí pendientes, recogí el dinero y me fui rápidamente para Europa. Allí estuve nueve meses. Estuve estudiando en la Sorbona durante ese tiempo. Eso fue en 1913. Esa visita a Europa creo que ha sido una cosa verdaderamente providencial para mí: me puse en contacto con el mundo de la civilización europea, y como dije antes estuve estudiando en la Sorbona. Mis maestros fueron los que aquí eran los autores de los textos en que yo estudié derecho, sociología y filosofía. Hice muy buenas amistades, y estuve en contacto siempre con la Revolución por medio del señor licenciado Díaz Lombardo, que era el agente de la Revolución en París y que había sido mi maestro. Él y yo andábamos siempre juntos hasta el día que me dijo: "Ahora sí es ya tiempo de regresar a México".

Realmente esa época fue notable. Les diré algunas de las cosas que más me impresionaron. Yo tuve ahí una amiga que conocí en Suiza, porque hacía yo viajes a conocer los alrededores, y las ciudades próximas de París y entre ellas visité Suiza. Yo me encontré allí con una muchacha italiana que ahora la recuerdo como si hubiera sido una gran belleza —y creo que sí lo era—, pero, sobre todo era una mujer muy inteligente. Nos hicimos amigos y me dijo: "¿A dónde vamos a ir?", y le dije: "A París; allí estoy estudiando", y me dice, "Yo allí puedo encontrar trabajo, y de hecho he tenido trabajo; pero yo voy a encontrar la casa". Y ella se fue a París y encontró para mí un

pequeño departamentito en el barrio de Luxemburgo, y me conectó con la vida del pueblo bajo de París. Quiero decir bajo, como se hablaba en aquellos tiempos; es decir, el mundo de obreros, de trabajadores, de trabajadoras. Y me acuerdo que me hizo socio de un partido político, de un club que se llamaba "Faubourg Saint Honoré". En ese lugar se reunían los trabajadores: un grupo de trabajadores y de organizadores de los primeros movimientos socialistas de París. Lo notable es que allí acudían los hombres más eminentes de Europa a dar conferencias, a ponerse en contacto con los obreros. Allí tuve ocasión de escuchar a muy grandes poetas, a filósofos, y a artistas; mujeres y hombres que gratuitamente iban a desempeñar aquello en que descollaban delante de obreros y obreras. Me acuerdo de un señor Botichensko, ruso, que se anunció y llegó hacia nosotros —al grupo— con un aparato que parecía una arpa (más que arpa una marimba) nada más que se tocaba como marimba, lleno de cordajes. Maravilloso el aparato. Y entonces anunció que iba a tocar los cantos más antiguos de Rusia. Y recuerdo que pasamos una noche encantadora, precisamente escuchando los cantos remotos y lejanos de Rusia.

Botichensko nos explicó los sufrimientos que pasaban los campesinos de Rusia. ¿Quién nos iba a decir que era apenas unos breves años los que él estaba anunciando allí para las reivindicaciones sangrientas de la revolución bolchevique y de la Revolución Rusa? El hecho es que de aquello me traje un recuerdo profundo. Llegaban después muchas veces conferencistas a hablar de la paz. Recuerdo a uno de ellos que habló hasta hacer llorar a muchas costureras y trabajadoras que había allí, describiendo los sufrimientos de la mujer francesa que trabajaba en las casas privadas, trabajando a domicilio, haciendo vestidos, y haciendo trabajos bajo el silencio de aquellas fábricas que eran casi clandestinas, y en donde las explotaban de una manera inmisericorde.

Todos los trabajadores tenían un espíritu genuinamente revolucionario, aplaudían todo lo que era una invitación a la revolución, a la violencia, al trastorno de aquel sistema de desigualdad y de explotación inicua.

Un día, mi amigo y maestro, el licenciado Díaz Lombardo, me dijo: "Hoy salgo para México para incorporarme con Villa. De manera que es tiempo que usted regrese. Le dije: "Yo quiero irme a Tula; allí tengo mis amigos". Y me dijo: "Regrese usted por México; de México es una hora de tren a Tula. Allí se va usted a incorporar con sus amigos y me va a hacer el favor de llevar una serie de comunicaciones". Así fue como regresé a México.

Pocos días después me incorporé en Tula; ya eso fue en el mes de septiembre u octubre de 1914, y desde entonces —por dos o tres años— viví la vida de la revolución armada. Me considero un superviviente, un náufrago

afortunado porque todos los días corría peligro mi vida. No era el hombre que estuviera acompañando a los generales allá en sus oficinas, o que estuviera a distancia de los campos de batalla, o de lucha. No: yo era soldado junto con el general que era mi amigo, el general Martínez y Martínez. Andábamos todos los días: unas veces saliendo heridos, como mi general Martínez (yo recibí alguna herida una vez también), batallando en diferentes ciudades; conociendo lo que es la amargura de las derrotas, lo que significan también las victorias pasajeras. Pero yo tenía veintiún años; de manera que todo aquello me parecía un encanto: yo andaba feliz, sin darme cuenta de los peligros que corría.

Hace muy pocos años (tres o cuatro), un día me vino a visitar uno de mis compañeros de lucha, que era teniente coronel en la brigada del general Martínez y Martínez. Vino acompañado de dos o tres oficiales más y me dijo: "Señor licenciado, vengo a hacerle a usted una confidencia". "Dígame, ¿nunca se dio cuenta de una realidad que usted vivió? Allá en el estado de Hidalgo no nos agradaba la presencia de usted a los oficiales de la Brigada Martínez. Primero, porque usted era el único extraño: todos nosotros nos conocíamos las familias, y todo; y usted llegó allí de muchacho nuevo. Además, tenía usted mejor comportamiento: era un muchacho educado, y eso nos humillaba mucho. Pero más que nada el trato que a usted le daba el general Martínez y Martínez, de un hombre preferido en todo respecto a nosotros, le ganó a usted la enemistad de la mayoría de los oficiales. Y entonces tomamos un acuerdo, y fue el de mandarlo a usted a las comisiones más peligrosas que tuviéramos. Tuvo usted mucha suerte, señor licenciado; iyo no sé cómo pudo escaparse! Pero francamente, después de unos dos o tres meses en que vimos que usted cumplía exactamente las comisiones y que usted sabía comportarse, ya entonces nos convencimos de que usted era un hombre que debía estar con nosotros; y ya cambiamos radicalmente. Ahora se lo vengo a contar; yo era de los conspiradores en contra de usted.

Un día, el señor general Nicolás Flores, que era el gobernador de Pachuca, estado de Hidalgo, me llamó y me dijo: "Deseo que usted se haga cargo de la jefatura de la Dirección Agraria del estado de Hidalgo". Y ese mismo día, el general Martínez y Martínez me invitó a venir a México para entrevistar al general Villa, con el objeto de que nos diera dinero, armas e instrucciones. Entonces pedí permiso al general Flores y vinimos a la ciudad de México, donde acababa de llegar por primera vez Francisco Villa. Estaba por aquí, en Azcapotzalco, en su tren.

Recuerdo que llegamos, y al querer pasar al tren nos detuvo un oficial. El general Martínez era un poco tímido y me miró, y entonces yo me dirigí al oficial y le dije: "El general Martínez y Martínez es amigo del general

Villa; el general Villa le tiene estimación" (efectivamente lo conocía por carta), "de manera que él tiene derecho a pasar por ser un alto jefe de la Revolución". Nos miró a los dos y dijo: "Bueno, pasen", y le avisó al oficial mayor: "El general Martínez". Entonces le anunciaron al general Villa: "El general Martínez del estado de Hidalgo. Y así pasamos.

Era la primera vez que yo veía a Villa de frente: un hombre alto, corpulento. Tenía su casco *Saracof* en ese momento, su blusa, y sus bigotes hirsutos recortados, parados; labios gruesos, ojos pequeños, encendidos, ágiles y movedizos; tenía un aspecto de ferocidad, era un hombre que imponía al vérselo. Y entonces: "¿Como le va generalito?", le dijo a Martínez. "¿Cómo está usted, mi general?", le dijo Martínez, que era muy cortés. "Aquí le presento a usted a mi secretario, el joven Padilla". Entonces le dije: "Mi general: es una emoción y un gran honor conocerlo a usted". "¡Ah!", dice, "se ve que eres estudiante". Entonces empezamos a platicar de la situación del estado de Hidalgo, a pedirle armas, dinero; todo lo cual lo concedió. Él entonces venía boyante y tenía de todo. Y además yo le sugerí a Martínez y Martínez que le pidiera la autorización para fraccionar tierras en el estado de Hidalgo. Y nos dio un oficio que conservo, en el cual dice: "Autorizo al general Martínez y Martínez, para que empiece a hacer las primeras dotaciones agrarias del estado de Hidalgo". Yo ya había sido nombrado jefe de la Dirección Agraria del estado de Hidalgo; de manera que esa fue otra de las comisiones que por algunos meses tuve, visitando grandes haciendas y fraccionándolas. Yo no tenía idea que yo me iba a casar con una mujer que tenía haciendas, enormes latifundios; pero de todos modos, aun cuando lo hubiera sabido, yo estaba muy contento de hacer ese trabajo porque era muy emotivo. Yo había estado en contacto con todos los peones; cuando yo litigaba en Tula, iban ellos (eran mis clientes) a que yo sacara preso a un muchacho porque se había robado una borreguita, a otro porque lo habían insultado, a otro más porque le gustaba su hija al jefe político o a uno de los oficiales de las fuerzas federales; yo era conocido entre los trabajadores; me tenían mucha estimación. Algunos de ellos me llevaron sus títulos antiquísimos de propiedad comunal que ahora se los habían arrebatado. La misma ciudad de Tula pertenecía a una propiedad: a la hacienda de un gran hacendado. La ciudad, el casco, las casas estaban metidas dentro de la propiedad de esa hacienda.

Fue una de las primeras propiedades que repartimos. Así fue como participé en las cosas vitales de la Revolución. Entretanto la Revolución había triunfado; no había problema. Pero faltaba la época más trágica de mi vida: Villa y Obregón, Villa y Carranza, pronto discreparon; y comenzó la lucha más cruenta de la Revolución Mexicana, Villa contra Obregón.

JW: ¿Usted sirvió en la repartición de tierras en 1914 y 1915?

EP: Sí, en 1915. Villa y Carranza se separaron y comenzó la guerra; la lucha de los villistas contra Carranza; esa guerra que fue la más cruel de todas.

Pero yo estaba en el estado de Hidalgo; mi amigo el general Martínez y Martínez era amigo de Zapata, y era amigo de Zapata porque hubo un general que se llamó Gildardo Magaña —un hombre culto y amigo de Martínez y Martínez— que era uno de los asesores de Zapata; y que me había llevado también a mí. De manera que por esos mecanismos —que pueden ser fatales o providenciales— habíamos efectuado un contacto muy íntimo con las cosas de Zapata; de manera que cuando el villismo se separó del carrancismo, Gildardo Magaña le decía a Martínez y Martínez: “Vete con Villa, porque Carranza, ¡a ése lo vamos a combatir todos juntos! Y así fue que a la separación de Villa y Carranza, Martínez y Martínez se declaró villista.

Todos nuestros compañeros: don Nicolás Flores, los Asuara —un gran número de ellos— quedaron como carrancistas; pero nosotros nos declaramos villistas y recibimos una orden: la de salir de Pachuca para encaminarnos a Querétaro, y de Querétaro seguir adelante para preparar las batallas que iban a librarse contra el obregonismo. Así fue como asistí a las más terribles batallas de la Revolución, que fueron: Celaya, Trinidad y León —tres batallas tremendas con miles de muertos— y en las que yo anduve como un soldado común y corriente.

¿Por qué no me mataron? Francamente, íese es un misterio que no he de descifrar nunca! Pero sí es una de las grandes cosas de mi vida que siempre recuerdo, y como una cosa maravillosa, que aun en lo más rudo y terrible de las batallas, cuando silbaban las balas por todos lados y caían los caballos y mis compañeros muertos, sí, yo sentía miedo; pero cuando salía yo de la batalla y regresaba al cuartel y nos poníamos a platicar, ya no sentía ni arrepentimiento ni miedo, ni deseo de desertar, como yo lo hubiera podido hacer.

Seguí hasta el final: de tres mil hombres que salimos para ir a pelear al lado de Villa, sólo pudimos regresar ¡trescientos!

Traíamos al general Martínez herido en una camilla. A uno de mis amigos íntimos, que era un coronel que me cuidaba muchísimo y que me quería mucho, ya en el camino de regreso se le infectó la herida y tuvo que detenerse en el camino, y todavía recuerdo con tristeza cómo lo dejamos abandonado, ¡sólo! Él dijo: “Déjenme aquí; los van a alcanzar, vienen detrás de ustedes: escápanse; yo aquí estoy muerto”. Lo cubrimos con un sarape, le quitamos todas las insignias —para que no lo identificaran— con su caballo y su ayudante, lo abandonamos en la sierra y seguimos el camino.

Esas son las cosas que uno recoge de esas grandes tragedias humanas: recuerdos lacerantes, cosas que perturban la rememoración de aquellos acontecimientos. Porque hay cierto placer en recordar las cosas muy amargas,

muy trágicas que hemos vivido, y que, sin embargo no nos entristece haberlas vivido; precisamente porque estamos sanos y salvos, y porque superamos a lo que fue una adversidad que parecía un desenlace irremediable. Sin embargo, en estos casos como el de este mi amigo que dejamos abandonado, me perturba esa tranquilidad, esa forma de evocar aquellos acontecimientos, como diciendo: "Algo me protege a mí; alguna cosa debe de haber en mí, donde a pesar de tanto peligro como he corrido, aquí estoy muy tranquilo".

Así fue como regresé pues yo de las batallas famosas otra vez al estado de Hidalgo: con mi general herido, un número grande de viudas que me iban a ver todos los días; hasta que una vez el general Martínez me dijo: "Es bueno que se vaya usted a México. Yo he visto que ya todos están consiguiendo la amnistía; estamos aquí aislados, solos, iya no podemos seguir! Vea usted cómo arregla, pues, que vamos a dar nuestra rendición, y cada uno de nosotros... pues vamos a volver a esperar otras épocas".

Y así fue como entonces regresé a México en esa comisión. El general Martínez se quedó en un pico de la Sierra Madre esperando.

Tuve mucha suerte: a un general —era mi maestro—, Carlos García se llamaba, le fui a contar lo que nos sucedía, y dijo: "Desde este momento quedan bajo mi custodia". Giró órdenes de que donde estaba el general Martínez se le respetara; lo hizo llegar a una ciudad que se llama Ixmiquilpan, y luego a otra que se llama San Juan del Río, con las escasas fuerzas de doscientos o trescientos hombres que tenía. Allí los licenció, y, con el tiempo, el general Martínez causó tan buena impresión que volvió al servicio de las armas.

Mientras tanto yo me regresaba a México, a ver si podía otra vez regularizar mi vida como civil; puesto que todo el triunfo lo habían tenido los obregonistas, los ejércitos de Carranza, y claro que yo no podía ser visto ya como uno de los hombres que pudieran haber respetado y aprovechado la administración.

JW: Usted participó en la batalla de Celaya y en las otras, las más terribles de la guerra. ¿Por qué perdió Villa? Se ha discutido mucho sobre esto.

EP: ¡No hay discusión! El asunto es muy claro: desde la primera batalla de Celaya nos indicó el general Martínez y Martínez que fuera con unos ayudantes al carro donde estaba Villa; más bien su jefe de estado mayor, que era el general Medinavítia, después fuimos muy amigos de él (y personalmente yo tengo hasta cartas en que me recuerda). Luego, allí teníamos a un muchacho que era capitán: muy jovencito y adorado de Villa, valiente muchacho. Ese era el enlace con nosotros y era mi amigo personal y con él fuimos al carro de Villa. Este señor se llama Giner de los Ríos, el gobernador actual de Chihuahua. Entonces llegué al tren con el ayudante, lo vi, salió a recibirnos:

todos vivíamos bajo la situación de la amenaza de los bombardeos y de las balas, y andábamos con mucho cuidado. Sin embargo, él corrió y me alcanzó. Le dije: "Estamos ya todos los soldados: hemos perdido muchos hombres, nos han matado mucha gente; pero lo peor del caso es que no tenemos parque, y vengo por parque". Entonces me tomó del brazo y me dijo: "Ya no hay parque". Pero como yo era muchacho de cultura, sabía muchas cosas y le dije: "Es que estaban esperando parque de los Estados Unidos, que iba a entrar por la frontera de Tampico". Me dijo: "Bueno, por Tampico no puede entrar porque está en poder de los obregonistas, y por la frontera estos gringos ya nos están negando el parque". "No puede ser", le dije. "Sí", dijo, "estamos esperando a ver a qué horas llegan unos trenes con parque, y no llegan".

Con esa mala noticia me regresé. Naturalmente llegamos, el general Martínez recogió su gente, no teníamos un cartucho, y nos regresamos a la ciudad de León. Allí es donde estuvimos preparando la siguiente batalla, que fue la de Trinidad. Y todos los días íbamos por parque, y todos los días nos decían que no había. Hubo para una parte de las tropas; muchas se quedaron en la ciudad sin poder ir a la batalla. Pero ya a la última, la de León, eso fue materialmente una carencia de municiones. Por eso se perdieron las batallas. ¡De manera que no hubo ningún misterio! ¡Realmente eso fue! Los que estuvimos allí lo vimos: no teníamos parque; ¡andábamos con las cananas vacías!

JW: ¿Y las tácticas de Villa, de asaltar a las tropas a escondidas?

EP: Eso fue un error: por ejemplo, en Celaya, y luego la caballería. Villa ordenó efectivamente un ataque masivo de todos. Pero los obregonistas ya lo sabían; tenían un espionaje muy listo, y estaban detrás de las zanjás, y abrieron las acechas... ¿cómo se llaman?, son unas zanjás llenas de agua para el riego; las habían estado deteniendo. Cuando vieron partir a la caballería, aflojaron aquello y en poco tiempo nuestros caballos iban cayendo y hundiéndose en el lodo y en el agua. Allí es donde perdimos una enorme cantidad de soldados, ¡de amigos! Yo los conocía por nombre a todos los soldados, dos años con ellos.

¡Esa fue la historia más trágica! Fueron como cuarenta y cinco, o cincuenta días infernales. ¡Terribles esas batallas!

JW: El general Treviño ha dicho que Villa hizo un error grande al dividir sus tropas, para mandar unas tropas a Tampico para recoger petróleo y armas.

EP: Por allí esperábamos armas, fue un error, pero que valía la pena intentarlo, porque ya sin comunicaciones, con las máquinas paradas, sin carbón, ya no hubo alternativa: necesitó hacerlo. Y la mala suerte es que Treviño venció; él ganó esa batalla en El Ébano.

JW: Hablando de la política de Villa, ¿usted asistió a la Convención de Aguascalientes?

EP: No. Cuando la Convención de Aguascalientes yo estaba todavía en Europa.

JW: Usted estuvo allí en 1914 y 1915, hasta septiembre de 1915.

EP: Sí. De manera que yo venía en camino cuando la Convención de Aguascalientes.

JW: En su opinión, ¿qué pasó en Aguascalientes?, ¿en la Convención?, ¿quién tuvo la culpa de la ruptura?, ¿Carranza?

EP: Bueno, la ruptura estaba hecha antes de la Convención. Villa y Carranza y Obregón habían tenido tremendas discrepancias; y Obregón estuvo a punto de ser fusilado por Villa antes de esa fecha, en Chihuahua. De manera que la Convención de Aguascalientes fue un intento: a ver si allí se conciliaban los ánimos; pero ya eran cosas irreconciliables. Zapata estaba aquí todos los días con sus fuerzas a las orillas de México; llegaba hasta Xochimilco con las fuerzas zapatistas, y Villa ya no tenía respeto alguno para Carranza. Sin embargo, hicieron la Convención. Desde que entraron los generales allí, los representantes tenían partido y estaban divididos. No tenían más que la certidumbre de concurrir.

JW: El fracaso fue inevitable. Han hablado mucho unos historiadores de la crueldad de Villa, de las matanzas que hizo él, y de su personalidad.

EP: ¡Ah no! A Villa no se le debe considerar como un hombre común y corriente. Él era el flagelo de la Revolución. En todas las revoluciones, y hasta quisiera yo decir en todos los grandes movimientos históricos del mundo, hay fuerzas telúricas incorporadas en el hombre; desempeñan fuerzas ciegas. Y creo que tienen una parte importante en las revoluciones, porque, causando ellos la crueldad, la violencia desatada, parece como que están advirtiendo a la humanidad, o a un país o a una nación, cuál es el peligro de vivir una vida de injusticias. ¿A dónde llega? ¿Qué cosa producen?

Lincoln precisamente decía, y creo que fue en uno de sus grandes discursos; me parece que fue en el discurso inaugural de Lincoln en el que decía: "...¿Verdad que tendrían que pagar los Estados Unidos con sangre y con sufrimiento el flagelo con que habían castigado con tanta iniquidad a los esclavos y a los hombres de los Estados Unidos, y que ése era el castigo que tenía que recibir toda la nación americana; porque no era el pecado de uno, y que en ese sentido no acabaría la guerra", decía, "hasta que la espada de la revolución o de la rebelión borre todas las heridas causadas por el fuste, por el flagelo que usaban los esclavistas sobre las espaldas de los esclavos?" Alguna cosa así. En este momento lamento no tener la frase; es perfecta; muy elocuente. Pero eso es lo que pasa: México no hubiera conocido toda la crueldad de la violencia de la Revolución si no hubiera sido por esas

últimas batallas de Villa y Obregón; y parece que el país necesitó conocerlas para que supiera a qué se exponen los que no hacen vivir a un país en el seno de la justicia, y que acaba por explotar en una revolución. Y está la muestra de lo que es la revolución: era Pancho Villa y su manera de combatir.

JW: ¿Usted conoció a Martín Luis Guzmán?

EP: Fui compañero de escuela de él. Es un gran escritor, y él no conoció las violencias de la guerra; él acompañó a Villa, estuvo en algunas situaciones. Si usted lee sus libros...

JW: ...sobre las memorias de Pancho Villa...

EP: ...con el mayor cuidado, verá usted cómo, en todo el texto de su libro, evade la parte moral de la Revolución. Él escribe sus observaciones con un estilo maravilloso, perfecto, lúcido, agradable; pero, al entrar a la causa moral de la Revolución, nunca define ni toma partido, y a veces describe cosas truculentas y realmente horribles de la Revolución en lo que no se nota la menor simpatía por la causa de que está hablando. Es un gran escritor, es un hombre que pasa a la historia como eso.

JW: Bueno. Él dejó las fuerzas de Villa al entrar la lucha de facciones, y salió para Europa.

EP: Sí.

JW: ¿Y usted cree que Martín Luis Guzmán no toca el verdadero papel de la Revolución en que funciona como una fuerza?

EP: Como una fuerza violenta de la Revolución. Léalo usted, y verá como nunca encuentra usted una parte en que se refiera a eso.

JW: ¿Qué le parece a usted el libro de *Los de abajo*, de Mariano Azuela?

EP: Bueno. Esa es más o menos una novela realista. Muchas de las cosas que dice son fotografías de algunos episodios reales de la Revolución. La Revolución mexicana es una cantera para dramas, tragedias, novelas, que no ha sido suficientemente aprovechada porque la Revolución no permitía grandes escritores, y hubo necesidad de dejar pasar esa generación. Y cuando esa nueva generación adquirió cultura, las cosas de la Revolución habían quedado ya muy atrás. Pero, realmente los que vivimos podríamos recordar escenas y vidas de soldados —ya no digo de generales y hombres prominentes— que serían los grandes tipos heroicos de una novela llena de vida y de realidad.

Es verdaderamente impresionante recordar la vida de algunos muchachos de la Revolución: de aquellos que murieron. Cuando yo recuerdo cómo los vi sangrando, agonizando, muertos, creo que me explico por qué yo nunca me he vanagloriado de haber estado en la Revolución armada. No obstante que yo he andado en más batallas que muchos generales, jamás he dicho una palabra acerca de mi vida de soldado; como si no me hubiera importa-

do. Pero la razón en el fondo es ésa: que yo los vi sufrir tanto; los vi tan grandes héroes en su humildad que yo me siento muy pequeño frente a esos, y los considero más héroes que muchos de los que se les tributan con discursos y se les hacen honores.

JW: Sobre el papel de Villa en repartir tierras se ha discutido mucho también. Se le atribuyen a las fuerzas de Carranza haber dado los primeros pasos, y también a Zapata; pero muchas personas no han incluido el nombre de Villa a ese respecto.

EP: Bueno, le acabo de contar a usted cómo Villa nos dio la orden en 1914 (a fines) de repartir tierras; y las repartimos. Creo que hubo lo mismo al mismo tiempo en otros rumbos, en otros lugares; pues, desde luego, en el estado de Morelos no se repartían las tierras, digamos así en una forma ritual o sistemática, metódica; pero, se posesionaban de las haciendas y ya se quedaban en ellas. Pero ya una organización normal del agrarismo, pues ya fue cuando vino la Ley en 1915; y luego ya con la Constitución de diciembre.

JW: ¿Usted nunca se desilusionó durante la lucha de facciones?

EP: Yo me acuerdo que una vez viniendo de Aguascalientes, derrotados, cuando ya habían pasado las batallas y nos habíamos despedido de Villa, de Fierro, de Medina Veitia y de mi amigo Giner de los Ríos —que ahora es gobernador— nos pusieron en unos carros y nos vinimos al estado de Hidalgo de donde éramos todos, porque Villa nos dijo: “Debo declarar a ustedes que ya esta etapa ha terminado. Vamos a regresar cada uno a nuestros estados, a fortalecerlos, a volver a reclutar a hombres que defiendan al pueblo pobre, y ya les avisaré cuándo nos volveremos a reunir. Ahora ya no podemos seguir en multitud porque no tenemos elementos: Cada uno a su tierra”. Y nos vinimos.

Ya por allá en la Sierra Madre, en una noche muy fría, uno de nuestros coroneles estaba muy enfermo en una camilla, y Martínez y Martínez en la otra, los dos vecinos. Y entré yo a saludarlos y empezamos a platicar. Fui para darles ánimo, la noche era tremendamente oscura y vigilar era muy difícil. Allí donde estábamos podían llegar de pronto a sorprendernos porque estábamos en territorio ya conquistado por Obregón; pero yo fui porque habíamos dado órdenes que cuidaran y vigilaran. Y entonces, con una vela encendida dice el coronel, viendo al general que estaba en una postura muy incómoda y sufriendo porque le dolía: “Bueno, mi general; y después de todo, dígame usted, ¿qué cosa andamos haciendo nosotros?, ¿por qué andamos nosotros metidos en estos grandes peligros?, ¿qué cosa perseguimos?”

Y el general respondió —era hombre inteligente— y su contestación fue muy bella, porque le dijo: “Mira: andamos luchando para que nuestros hijos no tengan que estar en camilla un día en alguno de estos lugares. Ha de

llegar el día, dijo, en que la justicia y el modo de vivir de los mexicanos no exijan la revolución; y entonces vivirán tranquilos. Esos van a ser nuestros hijos: yo tengo fe". Muy bonita escena, no se me olvida.

Y yo digo lo mismo. Yo no me arrepentí porque yo estaba viendo tantas cosas nuevas! Era una aventura, como una cosa hasta cosmogónica. El que yo pudiera asistir a aquello que nadie había visto: cómo en las batallas caían los hombres, cómo se levantaban, cómo se trepaban a los trenes; cómo las mujeres desgarradas, heridas, iban cuidando de sus soldados y les llevaban de comer; una serie de escenas heroicas todas, y que pasaban como si no hubieran sido nada, como hojas que se estaba llevando el viento. Y eso me impresionó muchísimo.

Yo tenía a mi madre y me preocupaba mucho; y mi hermana no era casada, y me sentía yo como un testigo de alguna cosa grande que le estaba sucediendo a México. Y es como cuando usted ve una tragedia del estilo de Shakespeare; y al estar viéndola, si alguien le dice: "Oiga amigo, véngase, vamos a salir, vamos a pasear por ahí", y usted le dice: "No, yo tengo que acabar de ver esta tragedia". Una sensación de esa naturaleza. Y, claro, eso queda dentro del espíritu de tal manera que dirige y maneja su vida por toda la existencia. Eso siempre está presente.

Cuando llego a mi casa en la que tengo tantas cosas, a veces mi conciencia como que me está diciendo: "Pero, ¿cómo puedes estar gozando de toda esta cosa superflua cuando tú sabes que hay tantas necesidades?" La única respuesta que tengo es: "No encuentro manera de que viviendo muy pobremente, renunciando a lo que tengo, beneficie a los míos, a mi pueblo, a mi país; si yo lo encontrara, lo haría pero sin parpadear: entregar todo a una pira ardiente, a un donativo, en alguna forma en que todo desapareciera pero que yo quedara garantizado de que había servido a mi país ese holocausto". No lo hago porque no sé que vaya a servir. Lo único que sé es que en la vida política, en lo que yo voy haciendo, en lo que yo voy trabajando, algo se ponga al servicio de que llegue un día en que todas esas privaciones vayan acabándose para que el hombre conquiste la paz, la abundancia, el bienestar con la tecnología moderna, o que se críe la riqueza y que se reparta mejor. Es la única forma que puede un político hacer y pensar. Y todo eso es reflejo de los años de la Revolución.

JW: Quisiera aclarar un punto; pero no quiero adelantarme, usted no menciona que se casó con...

EP: Bueno, eso ya fue mucho más tarde. Y, si podemos tener otra ocasión más, ojalá queden ustedes contentos: les contaré ese romance de mi vida. ¡Cómo no!

10 de noviembre de 1964

JW: Habíamos terminado con su vida en la guerra y en las luchas internas para regresar a la ciudad de México.

EP: Cuando regresé de los últimos episodios de la campaña militar me refugié en la ciudad de México. Aquí encontré después de muchos años de ausencia a mi madre, y estuvimos haciendo reminiscencias del pasado, y yo relatándole mis aventuras tan expuestas y peligrosas que viví en los últimos tiempos.

Una mañana, al salir de incógnito por las calles de México, encontré a uno de mis antiguos compañeros de escuela, el licenciado Jesús Acuña, en ese tiempo ministro de Gobernación de Carranza. Al verlo (como yo sentía que estaba en un campo contrario al de él, y con la seguridad que conocía que yo había estado al lado de Villa) quise eludir el encuentro, pero él me descubrió y me hizo un saludo muy cortés y muy afectuoso, al cual respondí en una forma seca, y casi despreciativa. Yo creo que a eso se debió que al día siguiente la policía de la Secretaría de Gobernación me detuvo, me llevó a los separos de la Secretaría, y al día siguiente me enviaron al destierro, rumbo a Veracruz, y de Veracruz a La Habana.

En Veracruz encontré a algunos amigos que me fueron a visitar a la procuraduría de aquel lugar, y me ayudaron, porque yo salía completamente desprevenido para continuar el viaje hasta La Habana.

Al llegar a Cuba encontré la ley de cuarentena, porque en esa época (1915) todavía la fiebre amarilla era una cosa peligrosa. Hay un lugar en La Habana que se llama "Tricornia", en donde llegaban todos los viajeros que iban a entrar a La Habana, y tenían que pasarse allí treinta días antes de poder bajar a la ciudad. Allí me tocó entrar. Estaba verdaderamente desesperado, porque llegaba con una salud quebrantada y sin elementos de vida, atendido realmente a lo que podían dar en Tricornia como alimentación y hospedaje, que era muy pobre, cuando se me ocurrió hablarle a un señor de apellido Pasalobos. Pregunté si lo conocían y me contestaron: "Como no hemos de conocerlo, es un pro-hombre de La Habana: es el secretario particular del Presidente de la República. Entonces tomé el teléfono, le hablé y tuve la fortuna de que él mismo contestara, y me dijo: "Inmediatamente salgo para allá". Yo no esperaba tanta cortesía. Efectivamente llegó a Tricornia, cambió dos o tres palabras con las autoridades e inmediatamente me dijo: "Tome usted sus cosas y acompáñeme, vamos a La Habana". Subí en su coche lujoso, y nos dirigimos a su casa. Al llegar, me dijo: "Esta es la casa de usted: puede considerar que en esta casa ondea la bandera mexicana". Era una casa lujosa de gran vida social, su familia era muy distinguida.

Recordarán que les conté que en el barco en que regresé de París venía toda la familia del señor Pasalobos (hacía dos o tres años de esto), y entre la familia estaba una muchachita de nombre América, que era verdaderamente bonita. Pero yo llegaba en condiciones bastante pobres e inadecuadas como para estar en esa casa de tanta alcurnia, de vida social tan intensa, y de tan elegantes costumbres. De manera que le dije al señor Pasalobos que deseaba cambiarme a un cuarto de estudiante, y que cuando cambiara de posición, con mucho gusto me gustaría alternar en la sociedad en la que él estaba. Él estimó esto como un acto de delicadeza, y entonces me ayudó a conseguir un empleo modesto: un empleo de sesenta dólares.

Me fui a una casa particular, y estuve trabajando en un periódico y estudiando en la Universidad de La Habana. Pasados dos o tres meses, llegó una época muy agitada en Cuba: se preparaba una revolución. Entonces el señor Pasalobos me llamó y me explicó: "Mire Padilla, aquí va a haber una situación muy violenta y usted está perdiendo su tiempo. Esta es hora en que usted debería estar estudiando en una universidad en los Estados Unidos. De manera que prepare su viaje; yo lo voy ayudar para que se vaya a los Estados Unidos". Le contesté: "Muy bien, señor Pasalobos, nada más que realmente no cuento con elementos". Entonces, me preguntó: "¿Cuánto necesitará para llegar a Nueva York, buscar allí trabajo e inscribirse en una universidad?" Yo, en una forma muy despreocupada le dije: "Pues, cuando menos creo que harían falta unos quinientos dólares, y realmente no los tengo". Me dio un cheque de quinientos dólares, y fue tan fino que me fue a dejar hasta el puerto, es decir a donde estaba anclado el barco, y se despidió de mí. Ese es uno de esos actos que yo no he olvidado en toda mi vida.

Hay casos en que un solo acto de un hombre lo reconcilia a uno con el egoísmo, la perversidad, que frecuentemente se encuentran en las actitudes humanas. Pero aquel acto tan depurado, de desinterés, me ha conmovido por mucho tiempo, y ha servido para darme un sentido, no sólo de confianza en la naturaleza humana, sino de reconocimiento de que hay virtudes en el hombre que son las que hay que tener presentes en todas las luchas humanas.

En Nueva York, cuando llegué me fue a esperar aquella bella novia que tuve en París, con toda su familia. Realmente era una de las mujeres más bonitas, y de una familia muy distinguida, y hacía yo un contraste muy grande dentro de mi pensamiento con la vida que yo llegaba a vivir a Nueva York. Tenía que llegar a vivir a un cuarto modesto de estudiante, a buscar la manera de vivir, de trabajar, y a ver si era posible inscribirme en una universidad. Pero la familia de Lisa, que así se llamaba la muchacha, fue tan generosa y tan gentil, que me ayudó realmente a instalarme, a buscar trabajo, y así empecé a vivir en aquella gran metrópoli una vida que duró un año y medio.

Me inscribí en la Universidad de Columbia, donde estudié Derecho constitucional y Derecho administrativo con grandes maestros. Al principio pasé allí unas horas bastante difíciles, pero que también quiero recordar. Porque cuando llegué a Nueva York y me dejó la familia Porter (la familia de Lisa) en una *boarding house*, donde pude pagar la primera mensualidad, salí a comprar ropa, abrigo, porque era época de invierno, y cuando, regresé ya tenía muy pocos elementos.

¡Salí a buscar trabajo! ¡Con qué dificultad para poder conocer la ciudad! Además, yo casi no hablaba inglés. Andaba atendido a los anuncios de los periódicos, y con gran dificultad podía llegar al lugar en que debía solicitar el empleo. Poco a poco se fueron agotando mis recursos económicos, y la señora dueña de la *boarding house*, que era de origen holandés, donde yo estaba alojado, me miraba, y yo no dejaba de advertirlo, con cierta compasión y simpatía, y cada vez que yo llegaba, me preguntaba: “¿No has encontrado trabajo?” “No”, le respondía. “No tengas cuidado, tienes que encontrarlo; tú eres un muchacho trabajador, de buena conducta”.

Llevaba yo las cartas de la familia Porter, y algunas otras más, Pero así pasaron los días, y por fin una vez ya no pude pagar la quincena a aquella señora dueña de la *boarding house*. Agotado, después de que ya había suprimido el desayuno y reducido la comida a un solo platillo, naturalmente que mi fisonomía empezó a demostrar la prueba a que estaba yo sometido. Un día llegué ya noche, cansado, sin haber encontrado trabajo, Y al entrar la señora me saludó; le noté una mirada de exploración sobre toda mi persona y me dijo: “Bueno, aquí te estaba esperando porque quiero invitarte a cenar; espero que no hayas cenado”. ¡Claro que no había cenado! Acepté la invitación, y se esmeró en ponerme una cena verdaderamente espléndida. Comprendí en el acto que aquella señora sabía que yo estaba comiendo muy mal. Y al final de la cena me dijo: “Mire, he advertido que usted está un poco contristado porque no encuentra trabajo y porque no me ha podido pagar su mensualidad. No tenga cuidado: desayune, coma y cene aquí todos los días; y ya ha de llegar la vez en que usted me pague todo lo que quede a deber en la casa!” Y cuando me despedí de ella, dándole las gracias en palabras entrecortadas, entré a mi cuarto tan conmovido que fue una noche en que se me llenaron los ojos de lágrimas.

Todas estas cosas tienen importancia, porque van dejando en el fondo del espíritu humano una cierta confianza en la naturaleza del alma de las gentes, que no siempre, como decía antes, están amargadas o llenas de malas pasiones, sino que la nobleza y la generosidad es parte esencial del espíritu humano. Con el tiempo, en efecto, encontré trabajo. Lo encontré gracias a que conocí a una familia francesa, y yo hablaba francés; y ellos me

ayudaron a vivir y a encontrar un compañero, un señor de apellido Paul, que era francés. Profesor de francés. Entonces me dijo: "Véngase usted aquí, a mi academia: usted enseñará español y yo enseñaré francés". Era un tipo elegante, como la mayoría de los franceses radicados en Nueva York en esa época, y daba clases a la aristocracia de Nueva York; a gentes de mucha significación, de vida social. Entonces empecé a notar que las gentes que querían aprender español eran exactamente lo contrario: muchachitas que trabajaban como taquígrafas o mecanógrafas, pero que empezaron a tomar interés en las clases de español. Fue muy curioso el contraste: las señoras de Paul que llegaban en magníficos automóviles; y las muchachitas que iban a aprender español, que salían de sus oficinas corriendo a pie con sus cuadernos.

Una vez Paul les contó a sus discípulas la clase de alumnas que yo tenía, y estas señoras dijeron que tenían ganas de conocerlas. La manera que tenía Paul de enseñar era dar la clase a la hora del "lunch"; de manera que mientras se servía el "lunch" estábamos hablando el idioma que enseñábamos. Entonces las señoras discípulas de Paul organizaron un banquete en lugar de un "lunch" común y corriente, e invitaron a todas mis discípulas y a mí. Fue una cosa muy simpática. Ellas se portaron con mucha sencillez; les hicieron regalos a todas mis discípulas y se estableció realmente una fraternidad entre ellas que duró por todo el tiempo que yo estuve en esa academia. Pero un día, con gran tristeza de mi parte me dijo Paul: "Acabo de recibir un cable de mi gobierno". Recordarán que esa era la época de la guerra: Estados Unidos estaba ya en guerra con Alemania y Austria. De manera que él tenía que irse, llamado por el gobierno francés a cumplir su servicio militar. Y él sabía lo que eso significaba, porque eran de las horas más trágicas que se vivieron durante la Primera Guerra Mundial.

Se despidió Paul de mí, no sin gran emoción. Y, naturalmente, él dejó la casa, entregó la casa —yo tenía que buscar otro sitio— y ocurrió la cosa más inesperada. Entre mis discípulos yo había conocido allí a unas muchachas alemanas que estaban aprendiendo español. Entonces ellas me invitaron a su club, el Club Alemán en Nueva York. Y yo pasaba del lado francés, es decir del lado de los aliados, al lado de los países centrales en donde estaban todos los alemanes, a quienes se les consideraba ya desde esos días con mucha suspicacia, vigilando sus movimientos. Pero yo, inconsciente de ello, me hice amigo de todos los miembros del Club; les caí bien, les cantaba canciones mexicanas, se hicieron mis amigos muy rápidamente. Entonces, uno de los muchachos jóvenes que trabajaban en Nueva York (alemanes) y de nombre Peter, me invitó a que juntos tomáramos un departamento. Me pareció magnífica la idea, porque yo no tenía un lugar fijo donde vivir. Tomamos un pequeño departamento. Seguí dando mis clases de español, y

él seguía como contador en alguna oficina. La primera vez que llegamos, al entrar al departamento me dijo: "Bien, aquí es donde vamos a vivir juntos. Ahora vamos a distribuirnos el trabajo: usted va a ocuparse ocho días de la casa, y a los otros ocho días yo me ocupo de arreglar las recámaras, la limpieza; entre tanto el otro hace el desayuno y la cena. En la comida comemos en el centro; no necesitamos venir". Aquel discurso me dejó verdaderamente impresionado, porque yo nunca había entrado a una cocina, ni había hecho jamás una cama. De manera que cuando le expliqué mi situación, me dijo: "Pero eso debíamos haberlo sabido antes, porque realmente no me explico que un joven como usted, a su edad, no haya aprendido a hacer estas cosas". El alemán, que era un poco rudo, me dijo: "Yo voy a encargarme de la cocina esta primera semana, y usted va a aprender qué es lo que hay que hacer".

Teníamos una estufa y un pequeño refrigerador, no eléctrico (en esa época no los había), sino que llevaban el hielo allí y lo metíamos en el refrigerador. El [alemán] empezó a trabajar y yo le seguía todos los pasos, y me dijo cuando me tocó mi semana: "Ahora usted va a hacer la cocina: comience con huevos, huevos cocidos que son más fáciles de hacer". Me explicó que había que poner una vasija con agua; que llegara a la ebullición, echar los cuatro huevos que nos comíamos, y estar listo a los cuatro minutos para sacarlos. Y todo esto me creó una tremenda preocupación en la noche. Cuando desperté yo estaba verdaderamente emocionado de aquella empresa. Fue tan grande mi concentración en el trabajo que yo iba a hacer, que cuando vi que el agua estaba en ebullición, tomé la cuchara, tomé mi reloj para ver la hora; y entonces, tomando uno de los huevos que estaban para irlos poniendo uno por uno, en lugar de echar el huevo en el agua, eché el reloj y me quedé mirando el huevo. Eso fue un desastre; pero en fin, así aprendí. Lo mismo al hacer el café. Hice el café y así fuimos caminando los dos o tres primeros días. Al tercer día entró Paul al desayuno: hacíamos papas cocidas con el mismo procedimiento de los huevos. Cuando ya estaban un cierto tiempo en el agua hirviendo, con un tenedor picaba yo la patata; si estaba blandita, ya estaba lista y la sacaba. Al terminar el desayuno, todo lo metíamos en la refrigeradora: la leche, un poco de queso, los huevos.

Un episodio interesante es en que en una ocasión mi amigo Peter me dijo que tenía que salir a Wyoming o al noroeste de los Estados Unidos porque le ofrecían una parcela de terreno de cien hectáreas, o sea unas doscientas cincuenta acres, para sembrar trigo. Los bancos le prestaban todo el dinero que fuera necesario para su cosecha. Pidió un permiso de quince días a su jefe en el lugar en donde trabajaba y se despidió de mí yéndose a hacer esa experiencia. A los veinte días regresó, y le pregunté: "¿Ya encontró usted su

negocio allá? ¿Se va usted a ir?" "No", me dijo, "He estudiado con mucho cuidado esta proposición. Desde luego pedí informes a todas las embajadas que hay en los Estados Unidos de aquellos países que producen trigo, y muy particularmente en algunos lugares en la India, y en Canadá; en otros lugares de Europa, en Argentina, en diferentes sitios, preguntándoles cuál había sido la fluctuación de los precios, en el curso de veinticinco años, en ese producto. Además, pedí al departamento de Agricultura de Washington que me informaran cuáles eran los climas extremos que se habían alcanzado en esa región de Wyoming, en donde me ofrecen esta oportunidad, y he encontrado que esas fluctuaciones son muy graves y ponen en peligro a veces las cosechas. Además, al llegar a la parcela, vi que era una superficie plana con algunas siembras de trigo esporádicas y dispersas. Entonces me puse a cuadricular el terreno y a obtener cuál era la cantidad de granos de trigo que se producía en un metro cuadrado. Y así pude cuadricular parte del terreno; analicé las tierras en cinco partes, en cada esquina y en el centro. Y después de todos estos estudios (y me enseñó un libro como de doscientas páginas llenas de números), he llegado a la conclusión que el negocio no es bueno para mí".

Me quedé asombrado de cómo hacen sus negocios los alemanes; y con qué cuidado y escrúpulo y meticulosidad ponen a prueba, antes de meterse al negocio, el resultado que podrían obtener.

Mi amigo se quedó y lo estimé mucho. Tenía una novia alemana verdaderamente maravillosa. Las alemanas de jóvenes son bonitas; de grandes, cuando alcanzan cierta edad, engordan y ya se ponen feas. Pero aquella muchacha tenía diecisiete años: ¡una belleza!

Entonces nosotros hacíamos la cena. Ella llegaba exactamente a las siete de la noche, con una puntualidad cronométrica. Peter veía el reloj: "Son las siete". A esa hora sonaba el toque de la puerta y él la abría y entraba la muchacha.

En una ocasión la niña, después de que habíamos estado ya como unas diez o quince cenas juntos y habíamos hecho bastante intimidad (el alemán no era excesivamente celoso) ya nos permitíamos libertades, correctas; pero, en una palabra, habíamos hecho intimidad. En una ocasión la niña no llegó, dieron las siete, dieron las siete y cinco, la muchacha no llamó a la puerta y Peter tomó su sombrero y me dijo: "Ya me voy; si viene esta muchacha díga-le que no pude esperarla". Efectivamente a las siete y diez llegó la muchacha. Sonó la puerta, la abrí, y yo creo que esa noche que pasamos juntos fue una de las más agradables de mi vida. Ella, lejos de indignarse o de mostrarse contrariada le entró un gran júbilo, y dijo: "Ahora no está aquí Peter, vamos a divertirnos".

También ocurrió una cosa curiosa: en una ocasión estaba yo lavándome la cara a toda prisa, porque en aquella época nadie se bañaba todos los días (nos lavábamos la cara, la cabeza, y en esa forma ya estaba hecha toda la toilet) e iba yo saliendo cuando oí un grito de Peter: "Venga acá", me dijo. Entré y me dijo: "Mire usted cómo ha dejado el lavabo". Efectivamente no tuve tiempo de lavarlo. Dijo: "¡Fíjese cómo está!" "Sí", le dije, "Discúlpeme, no pude..." "No; pero vea usted, cuente los cabellos que hay allí regados". Efectivamente se me había caído el pelo, y habían unos cabellos allí. Sacó su lápiz y me dijo: "Vea usted, aquí hay como treinta y cinco cabellos; he calculado que en su cabeza debe haber alrededor de unos tres mil cabellos. Al ritmo en que está perdiendo aquí los cabellos, dentro de un año y medio estará completamente calvo". Me quedé verdaderamente desolado con aquella situación.

En otra ocasión puse las papas todavía calientes dentro del refrigerador. "No", me dijo Peter. "Eso está muy mal hecho. Esas papas deben dejarse enfriar para que no gasten el hielo del refrigerador". "Pero, ¿qué importancia tiene eso?", le dije. Saco su lápiz, hizo cálculos muy minuciosos, llenó dos o tres páginas, y al cabo de ellos dijo: "Vea usted: con esto de poner las papas todavía calientes se está haciendo un desgaste de hielo que al cabo del año representa como cinco centavos y medio". Ese era el tipo que me enseñó la disciplina alemana, y al que le estoy muy agradecido por esa forma en que me ayudó.

Un día llegó Peter con el mismo drama de mi amigo, el francés: "Acabo de recibir instrucciones de irme al servicio militar; al ejército de Alemania. De manera que me despido de usted, y me voy porque estas órdenes tienen que cumplirse rápidamente".

En esa forma se fue Peter. Se llevó mi dirección, quedó de escribirme de cuando en cuando, y sobre todo a México en las noches de Navidad: tenía que mandarme una carta a "poste restante".

Nunca volví a saber de él. Estoy seguro que murió en la guerra, porque, de no haber muerto —mi nombre al poco tiempo ya era conocido— él hubiera podido comunicarse conmigo.

10 de diciembre de 1964

EP: Durante mi estancia en Nueva York estalló la Primera Guerra Mundial. Estuve presente en la Casa de Representantes en Washington cuando el presidente Wilson envió la declaración de guerra para que fuera considerada por la Cámara de Diputados. Recuerdo como un gesto excepcional de aque-

lla situación, que después de haberse dado lectura al proyecto de ley que declaraba la guerra en contra de Alemania, después de que hablaron varios diputados, pidió la palabra una señorita o señora de regular edad, de muy buena apariencia, y pidió la palabra para participar en los debates de aquella declaración de guerra. Cuando se le concedió la palabra, se puso de pie y dijo: "Señores diputados", y la voz se le cortó, guardó silencio un momento y luego trató de reiniciar el discurso diciendo: "Señor presidente de la Cámara..." Pero otra vez la voz se le ahogó. Un tercer intento después de algunos segundos se convirtió en una serie de sollozos. Entonces el presidente de la Cámara le dijo: "Señora, haga favor de sentarse. El discurso de usted, o sea el de la mujer americana, se puede esperar en el caso de una declaración de guerra, ya lo ha pronunciado usted con su emoción y con sus lágrimas".

Estuve algún tiempo más en Nueva York. Y de allí fui a La Habana otra vez, porque mi posición en los Estados Unidos era muy difícil en virtud de que México se había declarado pronazi. Don Venustiano Carranza, que era el jefe de la nación mexicana, había demostrado grandes simpatías por la causa de los países centrales.

Mi estancia en La Habana fue extraordinariamente decisiva para mi propio destino. De regreso de Nueva York a La Habana tuve una experiencia bastante áspera al principio. Yo regresé a La Habana porque uno de mis discípulos en Nueva York a quien yo enseñaba español —era hombre de grandes negocios— me dio la comisión de estudiar el mercado de La Habana en relación con los Estados Unidos, especialmente en materia de textiles. Después de realizar un buen trabajo de exploración y de haber conseguido bastantes clientes para la casa que me envió de Nueva York, resultó que al gestionar mi regreso el embajador de México me negó la visa. En esa época ya no se podía viajar sin la visa a través de los países. Y como yo había sido enemigo de Carranza y era la época de Carranza, el embajador, a pesar de que era un amigo mío, me negó la visa. Entonces tuve que quedarme definitivamente en La Habana.

Mi experiencia fue magnífica por un simple detalle. Como en otras ocasiones he comprobado que las pequeñeces deciden las grandes cosas. Cuando empecé a visitar un restaurante con mucha frecuencia, resultó que se me fueron agotando los recursos. Entonces, cada vez que yo entraba al restaurante, encontraba a un joven bastante distinguido que estaba en un rincón de aquel salón y que me miraba con insistencia. En una ocasión hablamos, me hizo sentar con él y me dijo intempestivamente: "Yo creo que usted está pasando dificultades". Realmente no me agradó la observación. Pero inmediatamente él agregó: "Yo creo que le puedo ser útil en estos momentos porque yo, que lo he ido examinando, he descubierto que usted podría ser

un muy buen vendedor de terrenos. Tiene usted maneras; después lo he visto platicar alguna vez y creo que usted podría tener éxito. Vea usted: yo llegué de México en donde trabajé con la casa Bel Andini, y al llegar aquí a La Habana, huyendo de la revolución, inmediatamente me conecté con un banco, el Guarantee Trust Company of Cuba, y empecé a trabajar en la venta de terrenos del Country Club de La Habana, y he tenido itanto éxito!" Entonces sacó de su bolsa una libreta de cuentas de un banco en el que aparecía que tenía a su favor la cantidad de cincuenta o sesenta mil dólares, y me dijo: "Allá afuera me espera mi automóvil. Yo aquí como todos los días", y acompañándome me dio una botella de vino Chianti italiano, "y vivo perfectamente, sin otra cosa que hacer que vender terrenos: Lo espero a usted mañana en el Guarantee Trust Company para que platiquemos de esto".

Fue el principio de mi éxito económico: Efectivamente resulté muy buen vendedor; en poco tiempo yo tenía también mis depósitos ya regulares, bastante buenos, en el Guarantee Trust; y no hay que olvidar que yo tenía entonces veintidós o veintitrés años de edad. Pronto tuve también mi automóvil, viví en la principal calle de La Habana. Me hicieron presidente de todos los mexicanos, que entonces eran muchos, para fundar un casino de mexicanos que estaba en la mejor esquina de La Habana. Puedo considerar que esos días de mi juventud, en una ciudad tan atractiva como La Habana, y con la fortuna que repentinamente me había favorecido, han sido de los años más felices de mi vida.

Sucedió en una ocasión (no sé si esto ya lo conté) que al término de la guerra empezaron a bajar los precios del azúcar. Todos los negocios empezaron a comprometerse gravemente. A muchas personas, a las que yo les vendí terrenos y que al principio, en los primeros años, fueron muy afortunadas, porque el valor de los terrenos había subido mucho, esto les afectó. Ahora era la marea en contrario: empezaron a bajar rápidamente. Y por ese motivo entonces comencé a pensar en regresar a México.

Dos años antes de regresar me había ocurrido un incidente bastante importante. Casi puedo decir que fue al principio de mi gran éxito en La Habana, cuando el presidente Machado, que era dueño de uno de los más grandes ingenios de La Habana, en el momento en que empezó a subir el azúcar en una forma extraordinaria, sugirió al Guarantee Trust Company, que manejaba sus negocios, que adquirieran la mayoría de los votos para la "compañía", porque los accionistas, que presidía precisamente Machado, no tenían la mayoría. Y como ahora el azúcar había tomado tanto valor, ya era importante que una compañía como esa estuviera manejada por una mayoría de acciones en poder del señor Machado y sus amigos, y del propio banco.

El secretario que manejó este negocio, un amigo mío (que en este momento no puedo recordar su nombre), desde que llegué descubrió que yo conocía algo de leyes; en realidad ya había terminado mi carrera de abogado, pero nunca lo decía. Entonces él me hacía acompañarlo a su casa para que estudiáramos algunos problemas, entre ellos el famoso ingenio. Cuando este señor empezó a tratar el caso de adquirir las acciones de esa gran fábrica de azúcar, resultó que como los accionistas estaban dispersos en diferentes regiones de los Estados Unidos se estaba haciendo difícil congregarlos. Pero al fin tuvo éxito y pudo reunirlos en Cayo Hueso para una fecha determinada. El presidente del Guarantee Trust no me veía con buenos ojos, puesto que, como ya he dicho, me consideraba un mexicano, amigo o simpatizante de los nazis, cosa que en verdad yo no era; pero él me uniformaba con el prestigio o la reputación que tenían en esa época todos los mexicanos.

Sucedió que mi amigo, el secretario del banco que tenía que ir a Cayo Hueso, se enfermó repentinamente de pulmonía: una enfermedad entonces mortal. El presidente del banco, el señor Whitner, todo alarmado, regresó un día de visitar a su secretario, y con gran asombro mío me mandó llamar. Lo que había ocurrido es que el secretario le había dicho: "El único hombre que ha estudiado conmigo y que conoce todos los detalles de esta reunión que va a hacerse en Cayo Hueso es el señor Ezequiel Padilla. Whitner se escandalizó y dijo: "Pero, ¿cómo vamos a entregar a ese joven mexicano un asunto de esta especie?" El secretario le respondió: "Hable con él y creo que usted va a cambiar de opinión, porque realmente tiene capacidad para conocer este asunto". Entré a ver a Whitner sin tener idea de lo que podía solicitar-me, y me dijo: "Vea usted, acabo de hablar con mi secretario. Él dice que usted lo ha acompañado a estudiar el asunto de este ingenio y todos los accionistas, que representan más o menos un 58 por ciento de las acciones de la compañía, van a reunirse en Cayo Hueso; y nos interesa comprarles las acciones necesarias para constituir la mayoría dentro del banco". Yo entonces le hablé de este modo: "He estudiado mucho este asunto con mi amigo el señor secretario, y yo le he expresado, por las cartas que recibimos, que todos los accionistas se han dado cuenta de que el auge del negocio de azúcar es tan grande, que las acciones que antes vendían en un determinado número de dólares, ahora han triplicado o cuadruplicado su valor; y además hay una gran resistencia para vender esas acciones. Las últimas cartas que tiene el señor secretario van todas en ese sentido". "Y entonces, ¿qué le sugirió usted?", me preguntó el señor Whitner. Le dije: "Pues le he sugerido que forme un 'pool' de accionistas para que tengan todos unidos un voto uniforme; un 'voting pool' le llaman en Estados Unidos".

El señor Whitner hizo que yo le repitiera la idea, la analizó, y al final quedó verdaderamente complacido y me dijo: "Entonces usted va a ir a Cayo Hueso y yo le voy a dar aquí dos o tres funcionarios del banco que lo acompañen". Aquello me pareció un sueño, porque realmente era un negocio de más de cincuenta millones de dólares y jamás creí que el señor Whitner me iba a confiar un negocio de esta naturaleza.

Al día siguiente salí para Cayo Hueso. Tuve la enorme suerte de reunir a tres de los más importantes accionistas, con los cuales se podía alcanzar el 54 por ciento de las acciones; es decir la mayoría, constituyendo un "voting pool" para hacer esa labor. Cuando terminó la reunión, regresé inmediatamente a La Habana, y cuando entré al despacho del señor Whitner le mostré en el acto los documentos y el arreglo al que habíamos llegado. Se quedó asombrado y me dijo: "Usted tiene cara de mexicano, pero en el fondo tiene una mente de anglosajón". Le contesté: "¿Quién sabe si sea al revés, señor? El que tiene una apariencia de anglosajón, pero realmente una mente de mexicano es usted, porque está dándole valor a un México que no conoce. De manera que vamos a ser amigos".

Entonces me estrechó la mano, inclusive me abrazó al estilo mexicano. Estaba radiante de alegría. Llegué a mi escritorio, y pocos minutos después me entregaban un cheque de cincuenta mil dólares. Me quedé verdaderamente deslumbrado con aquel cheque; aunque ya después reflexioné que había sido inferior a lo que yo merecía, porque era un negocio de tantos millones de dólares. Pero mi felicidad no me dejó meterme en amargas consideraciones. Esa suma era para mí una cosa inesperada, y grande para el comienzo de mi carrera. Es así como en dos años llegué a sumar una cantidad bastante grande de cientos de miles de dólares, que cuando quise regresar a México pude recoger. Todos los bancos habían quebrado con excepción del Guarantee Trust Company de Cuba, que era un banco americano. De manera que pude desembarcar en México con una suma sustancial que afirmó mi independencia económica, aun metiéndome a la carrera política.

En estas circunstancias llegué a la ciudad de México. En esos días desembarcaban en Veracruz los restos de un gran orador y un gran revolucionario mexicano, don Jesús Urueta, que había muerto en Argentina. Al llegar a México fue recibido con todos los honores y se le rindieron muchos homenajes. Entre otras cosas, fui comisionado por mi Escuela (que todavía me recordaba) para recibir los restos de don Jesús Urueta en Veracruz. Oí el discurso: un mal discurso que se dijo en honor de Urueta. Cuando me preguntaron qué me parecía el discurso, les dije: "Pues yo hubiera deseado que hubiera sido al revés: que el muerto hubiera sido el que dijo el discurso; que el gran orador, don Jesús Urueta, hubiera dicho el discurso".

Llegué a México de regreso, y también fui designado orador en honor de don Jesús Urueta, en un acto que se celebró en la Cámara de Diputados. Estaba presente allí el presidente Álvaro Obregón y varios ministros, muchos diputados. El discurso realmente me abrió las puertas para entrar en mi carrera política. De allí fui a Coyuca de Catalán, que es mi tierra natal, y en una lucha verdaderamente encendida y llena de peligros obtuve mi credencial de diputado. En aquella época, las fuerzas reaccionarias aún eran muy poderosas, y yo representaba las nuevas fuerzas; yo iba fortalecido y proclamado especialmente por la falange agrarista de la tierra caliente, por todos los agraristas de aquel rumbo del sur de México. Y en esas condiciones todavía enfrenté gravísimos peligros.

El día que me entregaron mi credencial (no estaba todavía tan prostuido el ambiente político de México) respetaron mi triunfo, y el presidente del ayuntamiento, que era enemigo mío naturalmente, después de unas vacilaciones, firmó mi credencial. Pero al otro día en la mañana los contrarios despechados armaron una balacera y dispararon en contra de un grupo en el que yo estaba, y cayó muerto uno de mis mejores amigos. Llevé a México mi credencial, después también de discusiones verdaderamente borrascosas.

En esa época la vida democrática tenía una clara autenticidad: efectivamente había verdaderas campañas políticas; pero todas estaban regadas con sangre, porque la lucha se convertía pronto en verdaderas tragedias.

Cuando fui diputado, en la misma Cámara, varias veces los diputados dispararon unos contra otros. En una ocasión uno de mis compañeros que estaba a mi lado, fue abatido por un balazo que le dispararon de las filas de los laboristas, que estaban a la izquierda; el balazo estuvo dirigido contra mí, pero desgraciadamente le tocó a mi compañero. Recuerdo muy claramente ese momento, dramático para mí, porque en medio de los balazos que continuaban oí cómo mi compañero decía: "Agua; quiero agua..." A los pocos minutos había muerto: recibió un balazo en el estomago. Yo me escondí: primero me agaché debajo del pupitre, porque la balacera estaba muy intensa; y cuando noté que ya había cesado, me escapé por el pasillo de la Cámara, porque comprendí que no tenía objeto que yo permaneciera allí. Esas escenas se repitieron frecuentemente en el curso de varios años.

Cuando recuerdo aquellos tiempos y los comparo con los tiempos tranquilos que ahora goza México, realmente siento el placer de poder comprobar el avance democrático y político que hemos alcanzado; muy lejos de la perfección, pero comparados con aquellos tiempos verdaderamente sangrientos en que la política era una aventura de vida o muerte, no puede menos que comprobarse que hemos alcanzado muy grandes adelantos.

En la Cámara de Diputados hubo varias leyes en las cuales participé. Desde luego, una que se llamaba nada menos que "Las serpientes del capitalismo", y en que me refería yo al símbolo de "La Coonte", de la mitología antigua en que aquel héroe moría estrangulado por la serpiente. El solo título revela que estaba yo en la época en que naturalmente el temperamento del hombre es exaltado y extremista. Acusaba yo a todos los inversionistas que en México explotaban nuestras industrias y nuestras riquezas: a ingleses, sobre todo en el petróleo; americanos en el petróleo; franceses en la industria textil; españoles en el comercio; y contra todos ellos mis discursos fueron realmente una filípica tremenda, que cuando los leo advierto cómo han cambiado, especialmente la táctica de mis discursos con aquella época de verdadera agresividad.

También hice algunas proposiciones que se referían a la justicia, particularmente a que en las provincias en México la justicia es una de las cosas más duras y más tristes: el hombre carece completamente de garantías; los gobernadores, los alcaldes, los comisarios de aldea son caciques que disponen de la vida de los campesinos y de la gente humilde. Entonces propuse que se formara un grupo de jueces itinerantes, estilo inglés, de la época de los siglos XIII o XIV que visitaban todas las provincias y las aldeas en nombre del rey e iban haciendo justicia rápida e inmediata, corrigiendo los enormes abusos que se cometían por las autoridades locales. Aquella proposición, que planteé como una enmienda a la Constitución para que la Corte nombrara a esos jueces itinerantes, se quedó en la Cámara sin solución porque vinieron acontecimientos trágicos que ya no permitieron esa discusión.

Tuve otras intervenciones, todas ellas muy importantes. Hubo una en la que proclamé que la Cámara de Diputados debía tener el derecho de celebrar audiencias públicas, al estilo de los Estados Unidos, que son las que purifican el ambiente político, porque en esas audiencias se hace comparecer a todos los altos funcionarios de los Estados Unidos, con excepción del Presidente, y van allí a responder a preguntas concretas sobre interpelaciones, en lo que las cámaras creen que debe haber una aclaración o una explicación sobre el uso del poder que han hecho los grandes funcionarios. Esa idea ha ido cuajando poco a poco y aún creemos que en la Constitución hay margen para hacerlo. Durante mi época de senador —después fui senador— se llamó a algunos ministros y dio muy buenos resultados. Pero después se abandonó esa práctica tan útil y parece que ahora han tratado de renovarla en las cámaras. Ojalá se logre, porque es una forma de purificar el ambiente político y de poner miedo en los hombres que usan el poder; que cuando se sienten impunes lo usan en la forma más arbitraria y en contra del bienestar del pueblo.

En 1925 era yo Presidente del Congreso de la Unión y hubo en Washington una reunión interparlamentaria que yo presidí. Estuve en Washington, en donde tuve el honor de pronunciar un discurso, precisamente en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, en nombre de la Delegación de México. Entonces hice muchos amigos y estuve en contacto con muchos representantes de los países latinoamericanos que también concurrieron allí. Afortunadamente esa costumbre de reuniones interparlamentarias ha continuado. Creo que el contacto con los parlamentarios tiene mucha significación, porque están libres del freno de los diplomáticos, que tienen que medir sus palabras. En cambio, los representantes, diputados y senadores, tienen mayor libertad para dar expresión a los sentimientos auténticos de cada una de las naciones.

Cuando regresé a México y di cuenta de la labor que habíamos realizado, puedo decir que desde entonces quedó aceptado y aprobado que México participara en todas las reuniones interparlamentarias, cosa que efectivamente se hizo.

Todavía era diputado cuando hubo otra convención interparlamentaria en Madrid, a la cual también concurrí presidiendo esa delegación, en la época final de la República. Azaña era el Presidente de España y meses después comenzó la guerra que terminó con el triunfo de Franco.

JW: ¿Usted estuvo por primera vez en el Congreso de la Unión como diputado entre 1923 y 1925?

EP: Bueno, yo fui electo diputado en 1922, y tomé posesión del cargo de diputado el primero de septiembre de 1922. Fui diputado dos veces seguidas, es decir, de 1922 a 1926. En esa época destacó bastante mi nombre en la Cámara y ocurrieron acontecimientos gravísimos, casi todos significaron grandes revoluciones mexicanas.

Yo era diputado en 1923, cuando vino la revolución de Adolfo de la Huerta, que estuvo a punto de hundir al gobierno que presidía el general Obregón. Entonces, en 1924, fue el triunfo del general Calles para presidente. Fue en esa época cuando ocurrió el levantamiento que prepararon Serrano, Gómez y varios otros generales. En esa ocasión, en Cuernavaca, tomaron prisioneros a Serrano y a once generales más, y los fusilaron en Huitzilac por orden (todavía no se dilucida eso con claridad) del general Calles o del general Obregón. Fue una época realmente turbulenta, en la que cada uno de los políticos —y yo principalmente, porque me destacaba bastante— jugábamos un albur de vida o muerte. Una equivocación equivalía a la muerte o al destierro. Tuve la suerte de atinar el albur varias veces, y por eso puedo decir que todavía sobrevivo, pero realmente la vida era una aventura de las más peligrosas que podían existir en el mundo: el ser político mexicano.